

Historia Intelectual Europea

Desde el año 2011, **Políticas de la Memoria** se ha empeñado en sostener una sección estable enfocada en la historia intelectual europea. Se trata de una empresa que no necesita mayor justificación por el simple hecho de que la cultura argentina y latinoamericana se ha nutrido secularmente de los desarrollos intelectuales europeos mediante diferentes procesos de recepción, adaptación y recreación de ideas que han tenido allí su foco de origen. Sin embargo, entre nosotros son muy reducidos los espacios dedicados a escudriñar desde esta perspectiva la historia de Europa. En ese sentido, esta sección quiere además, desde su propio nombre, homenajear los ingentes y sostenidos esfuerzos del más refinado cultor argentino de la historia intelectual europea. Con escasos recursos y limitado apoyo institucional, José Szabón (1937-2008) desarrolló quijotesca durante décadas una insigne labor en docencia e investigación dentro de ese campo, produciendo una serie de ensayos que no tienen nada que envidiarle a las producciones de los más renombrados exponentes del área en los principales centros académicos.

En esta oportunidad la sección se compone de dos partes. En primer lugar, un *dossier* sobre los intelectuales europeos y la Gran Guerra. Motivado por el centenario del inicio de la conflagración europea, presenta dos artículos que atienden a las diversas repercusiones y reacciones de los intelectuales europeos frente al conflicto. El primero de ellos, "Neutralidad o intervención. Los intelectuales españoles frente a la Primera Guerra Mundial", a cargo de Maximiliano Fuentes Codera, docente e investigador de la Universidad de Girona, analiza con detalle los alineamientos y debates de los intelectuales españoles a lo largo de la contienda. El segundo artículo, "La sociología francesa y la Gran Guerra", a cargo de Daniel Szabón, docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional Arturo Jauretche, está dedicado a estudiar el impacto de la guerra en el seno de la comunidad académica francesa y, en particular, en el ámbito específico de la sociología.

En segundo lugar, continuando con la saga de escritos clásicos en torno a la "crisis del marxismo" iniciada en el n° 13 de **Políticas de la Memoria**, ofrecemos esta vez a nuestros lectores la traducción castellana del célebre artículo de Benedetto Croce "Cómo nació y cómo murió el marxismo teórico en Italia (1895-1900). De cartas y recuerdos" (1937). El texto, que se publica por primera vez de forma íntegra en castellano, está precedido por un estudio introductorio de Horacio Tarcus.



Rodrigo Morquecho
"¡Esa era mi última moneda!"
Huecograbado en punta seca sobre acrílico, 38 x 27 cm (2010)

Presentación

Los intelectuales europeos frente a la Gran Guerra

Emiliano Gastón Sánchez*

Ocho millones y medio de muertos, dieciocho millones de heridos y seis millones de inválidos fue el saldo que dejó la hecatombe iniciada en agosto de 1914 y de la que participaron treinta y cinco Estados a lo largo de sus cuatro años de duración. La Primera Guerra Mundial produjo un quiebre de tal magnitud en la vida política y en la cultura europea que puede ser considerada como uno de los acontecimientos capitales en la historia del siglo XX y como la matriz de la cual emergieron la gran mayoría de los desastres que jalonaron el siglo pasado. Es por ello que suele ser pensada como el punto de partida de las diversas caracterizaciones de esa centuria, sea en términos de “el siglo XX corto”, la “era de las catástrofes”, o la “época de la guerra total”.

En ella confluyeron una serie de procesos políticos, económicos y culturales de larga duración y que en parte contribuyen a explicar su desencadenamiento. En primer lugar, la Gran Guerra mostró a la humanidad las dimensiones técnicas de la primera guerra industrial del siglo XX y puso en crisis a las concepciones decimonónicas del progreso, afectando a los cinco continentes del globo, unidos por un nuevo estadio del desarrollo capitalista, el imperialismo, cuyo correlato también era perceptible en la circulación y resignificación de las matrices intelectuales en los escenarios extraeuropeos. Luego, la guerra reveló el exitoso resultado de uno de los experimentos de ingeniería social más espectaculares de su tiempo y que tuvo lugar en el tránsito del siglo XIX al XX: la nacionalización de las masas, es decir, la edificación de una nueva identidad colectiva construida desde el Estado mediante la “invención de tradiciones” y su difusión a través de instituciones como la escuela y el ejército. Este proceso de transformación “de campesinos a franceses”, por decirlo en términos de Eugen Weber,¹ se verificó cabalmente en agosto de 1914 cuando miles de voluntarios eligieron ir a morir al frente, privilegian-

do así su identidad nacional en detrimento de cualquier otra.

Sin embargo, la Primera Guerra también puede ser considerada como una verdadera bisagra en la historia contemporánea desde el punto de vista de sus legados. Al tiempo que fue la sepulturería del mundo edificado afanosamente por la burguesía liberal del siglo XIX, alumbró el nacimiento de los dos movimientos políticos más importantes del siglo XX: los fascismos y el comunismo. Ambos fenómenos son inexplicables sin la guerra que les dio origen, no sólo porque son hijos de la crisis, la derrota o los anhelos nacionalistas insatisfechos en la firma de los tratados de paz sino también porque su aspiración de ser los demiurgos de un mundo y un hombre nuevo está fuertemente marcada por las consecuencias del conflicto bélico.

En el ámbito de la historiografía europea la Primera Guerra Mundial ha sido, sin lugar a dudas, una de las áreas privilegiadas por la investigación y los estudios históricos abocados al siglo XX. Durante el siglo que ha transcurrido desde su estallido hasta la actualidad, las diferentes generaciones de historiadores han estudiado a la Gran Guerra desde diversas perspectivas que se fueron modificando no sólo al calor de los acontecimientos políticos que jalonaron la pasada centuria, sino también de las novedades metodológicas inherentes a la profesionalización de la disciplina histórica.

En su ensayo historiográfico sobre la Gran Guerra, Antoine Prost y Jay Winter sostienen la existencia de tres grandes configuraciones historiográficas que permiten delimitar cronológica y temáticamente el campo de estudios sobre la Primera Guerra Mundial.² La primera de esas configuraciones historiográficas comenzó a gestarse muy tempranamente durante los años de la inmediata postguerra. Caracterizada por una imbricación entre ex combatientes e historiadores y entre testimonio e historia, en ella es

* CONICET / UNTREF / UBA

¹ Eugen Weber, *Peasants to Frenchmen: the Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1976.

² Antoine Prost y Jay Winter, *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, Paris, Éditions du Seuil, Colección 'L'Histoire en débats', 2004.



posible constatar una atención privilegiada a las cuestiones diplomáticas ya que, mediante la publicación de documentos históricos de las cancillerías europeas, buscaba intervenir en la “querrela sobre las responsabilidades” que se había desatado en los inicios del conflicto y que volvió a adquirir fuerza durante la firma de los tratados de los miembros de la Triple Entente con las naciones vencidas.

Ligado a ello, esta perspectiva privilegiaba el accionar de los jefes de Estado, los grandes hombres de la política nacional y de los ejércitos. Sin dudas, esa particular combinación de historia política, militar y diplomática adquiere su máxima expresión en el libro ya clásico de Pierre Renouvin, **La Crise européenne et la Grande Guerre**, en el cual los aspectos económicos y sociales del conflicto bélico son prácticamente desestimados.³ A pesar de que su autor había sido un soldado durante la guerra, donde perdió un brazo en la batalla de Chemin des Dames, este libro condensa una perspectiva caracterizada por la ausencia del combate y de los combatientes, deliberadamente excluidos de un relato que priorizaba una mirada de la guerra desde los cuarteles generales, las embajadas y los gabinetes presidenciales, y no desde las trincheras de los combatientes.⁴

Luego de una fuerte caída en la producción histórica causada por un desplazamiento de los intereses tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial —y que se prolongó más allá de la segunda postguerra—, a comienzos de los años '60 una nueva generación de historiadores produjo un retorno a los estudios sobre la Gran Guerra que marcó los comienzos de una segunda configuración historiográfica. La historia de las naciones en guerra que había marcado a la primera generación de investigadores dio paso a una historia de las sociedades y los pueblos durante el conflicto. Sin embargo, este pasaje a una historia social de la guerra no implicó la desaparición de antiguas temáticas como la historia militar o diplomática, las que ahora se integraban en una historia de la guerra que también daba cuenta de las estructuras económicas, los grupos sociales y el papel del Estado durante el conflicto bélico. Probablemente, la síntesis más acabada de esta nueva perspectiva sea el libro de Marc Ferro, un intento de realizar una “historia total” de la Primera Guerra Mundial en el que se analizan los aspectos propiamente militares del conflicto y las razones económicas y geopolíticas que explican su desencadenamiento, pero que también presta atención a la vida en las retaguardias, al papel de los trabajadores, los empresarios y las mujeres, atendiendo a los variados climas y sensibilidades imperantes en los países que participaron de la contienda.⁵

³ Pierre Renouvin, **La Crise européenne et la Grande Guerre (1914-1918)**, París, Félix Alcan, Colección “Peuples et civilisations”, dirigida por Louis Halphen et Philippe Sagnac, Vol. XIX, 1934.

⁴ La única excepción a esta perspectiva digna de mencionarse, dado que recopila las voces de los combatientes de trincheras, es el libro de Jean Norton Cru, **Témoins**, París, Les Étincelles, 1929. Para un análisis de su recepción y significación en la historiografía de la Gran Guerra véase, Christophe Prochasson, “Les mots pour le dire: Jean-Norton Cru, du témoignage à la histoire”, en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, N° 48-4, París, Belin, octubre-diciembre 2001, pp. 160-189.

⁵ Marc Ferro, **La Gran Guerra (1914-1918)**, Madrid, Alianza, 1984 [original francés, 1969].

La tercera configuración historiográfica se caracteriza por un desplazamiento de los intereses hacia el análisis de lo simbólico y lo cultural que se inició a comienzos de la década del '90. En términos estrictos, dicho corrimiento no fue un fenómeno exclusivo de los estudios abocados a la Gran Guerra, sino que se insertó en el marco de un proceso más amplio que incluyó a la renovación de la historia política, la emergencia de la historia cultural y la historia de los intelectuales. Como señalan Prost y Winter, ese desplazamiento puede ser ilustrado apelando a las temáticas convocantes de dos grandes coloquios internacionales organizados en Francia bajo la dirección de Jean Jacques Becker. El primero de ellos tuvo lugar en Nanterre en 1988 bajo el título de “Les sociétés européennes et la guerre de 1914-1918”; el segundo, que se realizó en 1992, desde su mismo título se afinca en la una nueva perspectiva: “Guerre et cultures”. Este rápido pasaje de las “sociedades” a la “cultura” como el epicentro de atención privilegiado en los estudios de la Gran Guerra coincidió además con la inauguración en el mismo año del Historial de la Grande Guerre en Peronne, Francia (un museo consagrado a los avatares de la contienda), sellando así los inicios de la llamada “Generación de 1992”.

Esta nueva perspectiva centrada en el plano de lo simbólico y de las representaciones, ha dado lugar a una importante renovación en los estudios sobre la Gran Guerra, desarrollando nuevas líneas y temáticas de investigación entre las que podemos señalar: el rol de los intelectuales, músicos y artistas durante la guerra; el papel desempeñado por la opinión pública y la prensa durante el conflicto; la ocupación del espacio público y el despliegue a partir de los años de la postguerra de los “lugares de la memoria” (monumentos, recordatorios, panteones, etc.); las artes del espectáculo y la propaganda; las prácticas significantes de los combatientes del frente y de los diferentes actores sociales en los “frentes internos”; la participación de las mujeres y los niños en el esfuerzo bélico; las patologías psicofísicas de los combatientes; y la dimensión cultural de la violencia de guerra, entre otros novedosos tópicos.⁶

En suma, si la primera configuración explicaba el decurso de la guerra a través de las decisiones de los principales actores políticos y militares durante el conflicto bélico, y la segunda ponía el foco en el juego de las fuerzas y actores sociales, la tercera configuración historiográfica hace de la cultura el ámbito privilegia-

⁶ Es imposible dar cuenta aquí de los trabajos más representativos de cada uno de estos nuevos tópicos pues la bibliografía es francamente abundante. Sobre el papel de los intelectuales europeos en conflicto, véase: Robert Wohl, **The Generation of 1914**, Cambridge, Harvard University Press, 1979; Roland Stromberg, **Redemption by War: The Intellectuals and 1914**, Kansas, The Regents Press of Kansas, 1982; Mario Isnenghi, **Il Mito della Grande Guerra**, Bolonia, Il Mulino, 1989; Christophe Prochasson, **Les Intellectuels, le socialisme et la guerre, 1900-1938**, París, Seuil, 1993; Christophe Prochasson y Anne Rasmussen, **Au nom de la patrie. Les intellectuels et la Première guerre mondiale, 1910-1919**, París, La Découverte, 1996; Martha Hanna, **The mobilization of intellect. French scholars and writers during the Great War**, Cambridge, Harvard University Press, 1996; Samuel Hynes, **A war imagined. The First World War and English culture**, London, Pimlico, 1992; Frank Field, **British and French writers in the First World War**, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

do para la investigación histórica sobre la Primera Guerra Mundial. Podría agregarse que, de la mano de la globalización de las investigaciones sobre las repercusiones de la Gran Guerra, que ha cuestionado fuertemente la mirada “eurocéntrica” imperante en los estudios sobre el conflicto, esta renovación de la historiografía cultural ha comenzado a influir en los análisis dedicados a otras áreas geográficas afectadas por la guerra como los territorios coloniales y los países neutrales.⁷

Dada la importancia que en las últimas décadas ha adquirido el estudio sobre la participación de los intelectuales en el conflicto, y aprovechando la ocasión que brinda el centenario del inicio de la Gran Guerra, presentamos aquí dos artículos abocados a analizar las diversas repercusiones y reacciones de los intelectuales europeos frente a la guerra. El primero de ellos, “Neutralidad o intervención. Los intelectuales españoles frente a la Primera Guerra Mundial”, a cargo de Maximiliano Fuentes Codera, docente e investigador de la Universidad de Girona, analiza con detalle los alineamientos y debates de los intelectuales españoles a lo largo de la contienda. El segundo artículo, “La sociología francesa y la Gran Guerra”, a cargo de Daniel Sazbón, docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional Arturo Jauretche, se aboca a estudiar el impacto de la guerra en el seno de la comunidad académica francesa y, en particular, en el ámbito específico de la sociología.

⁷ En este sentido puede consultarse el reciente libro de Maximiliano Fuentes Codera, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014.



Eleazar Hernández
"León Trotsky"
Linóleo, 38 x 28 cm (2009)

Neutralidad o intervención

Los intelectuales españoles frente a la Primera Guerra Mundial (1914-1918)

Maximiliano Fuentes Codera*

“The New Year opens in hope, with opportunity, with the certainty of good things, good business, and carefree minds” afirmaba eufórico *The New York Times* el primer día de 1914.¹ En Europa, la situación era mucho más mesurada. En la última edición del año que concluía, el semanario británico *The Spectator* ilustró la contención que dominaba el continente después de los sucesivos conflictos imperialistas que habían tenido lugar desde el inicio del siglo: “One great advantage of the present time, which is the outcome of many past disadvantages and much tribulation, is that men have had their fill of fighting”. A pesar de las diferentes esperanzas proyectadas, unos y otros, americanos y europeos, parecían desconocer la enorme mutación que estaba a punto de producirse. La “edad de la seguridad” que recordaría con melancolía algunas décadas más tarde Stefan Zweig en su imprescindible *El mundo de ayer* comenzaría a desmoronarse a partir de agosto de 1914.

Como es conocido, en la periodización que parece haberse impuesto en las últimas décadas en la historiografía, la Gran Guerra constituye el punto de partida de una “guerra civil europea” de treinta años y un verdadero laboratorio de las violencias que sobrevendrían. Con el derrumbe de los grandes imperios europeos tras la conflagración, la crisis del liberalismo dio lugar a una explosión de alternativas nacionales, políticas y culturales que cuestionaron de manera radical el tradicional enfrentamiento entre progreso y reacción que había dominado el siglo anterior. Entonces, se abrió la puerta a un proceso que se había incubado antes de la guerra pero que ésta contribuyó de manera decisiva a potenciar cargado de múltiples y variadas salidas posibles, entre las cuales acabaron por imponerse las de inspiración bolchevique y fascista.

Tal como plantearon Antoine Prost y Jay Winter en su *Penser la Grande Guerre*, la historiografía sobre la Primera Guerra Mundial ha pasado por tres grandes configuraciones sucesivas. La primera, que se desarrolló entre 1918 y finales de los años cuarenta, estuvo dominada por los estudios de historia militar y diplomática, se fundamentó básicamente en documentos oficiales y se propuso

encontrar el culpable del inicio del conflicto. En ella, los combatientes y las sociedades fueron los grandes ausentes. Justamente, éstos fueron los protagonistas del siguiente paradigma que, bajo la influencia de la historia social de *Annales*, ganaron el centro de la escena después de la derrota del nazismo. Esta reorientación hacia una historia de raíz marxista y analítica puso en el centro de los debates los elementos de continuidad entre las dos guerras mundiales. Si la cuestión central de la primera configuración había sido la de las hostilidades, ahora el eje basculaba hacia las relaciones entre guerra y revolución. En este contexto, hacia mediados de los años setenta empezaron a publicarse algunos trabajos que, a pesar de seguir privilegiando este enfoque social y objetos de estudio vinculados al movimiento obrero, mostraron una cierta ampliación de los horizontes hacia el estudio de la opinión pública, la organización económica, y las víctimas, entre otros temas. La tercera configuración, que comenzó a desarrollarse en los años ochenta, tuvo en la cultura entendida desde la perspectiva historiográfica del “giro cultural” su elemento central de análisis. En pocos años se pasó de analizar “sociedades europeas” a pensarlas en términos de “culturas” en confrontación.

Desde este marco general, en los años noventa comenzaron a publicarse una amplia variedad de estudios que dieron lugar a importantes y encendidos debates que dinamizaron y multiplicaron el conjunto de las investigaciones. Como parte de esta evolución, el desarrollo del concepto “cultura de guerra” dio lugar a una importante renovación historiográfica. Con él, definido por Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker como “el campo de todas las representaciones de la guerra forjadas por los contemporáneos”,² se pretendía diluir la separación entre el frente y la retaguardia, y desarticular la tesis de que los soldados habían sido agentes meramente pasivos bajo la presión de sus superiores. Se abrían así vías hacia estudios sobre el impacto del conflicto en los niños y su educación, las atrocidades de la guerra, los procesos de construcción de memoria y duelo, y las violencias, entre otros. Esta estimulante y controvertida formulación originó una fuerte discusión, primero en Francia y luego entre

* Universidad de Girona (UDG).

¹ Una versión previa de este artículo fue publicada en la revista *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, n° 43, invierno 2013-2014, pp. 22-39.

² Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, “Violence et consentement: la ‘culture de guerre’ du premier conflit mondial”, en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli (Dir.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, p. 252.



todos los especialistas mundiales sobre la Gran Guerra, que se concentró en los límites del consentimiento y la coerción de los Estados beligerantes. Como parte de este proceso, la figura del testimonio y el análisis de la construcción de la memoria colectiva cobraron una especial importancia, tal como se demostró en Francia en el repetidamente analizado caso de Jean Norton Cru. Esta renovada historia de matriz cultural tuvo reflejos tanto en Alemania como en Gran Bretaña y, finalmente, acabó por extenderse más allá de los estudios sobre la Gran Guerra. Como resultado de este nuevo enfoque y de las polémicas que se derivaron de él, tal como insistieron John Horne y Christophe Prochasson, la guerra dejó de presentarse como un bloque homogéneo y se fragmentó en varias fases que pusieron de manifiesto tanto la utilidad como los límites del uso del concepto. Comenzó a hablarse entonces de “culturas de guerra” y de “movilización” y “desmovilización” cultural.

Uno de los hechos más significativos de toda esta renovación historiográfica fue la emergencia de un conjunto de trabajos sobre los intelectuales, las comunidades académicas y el mundo de la cultura que pretendieron analizar sus redes de sociabilidad, sus relaciones con el poder, la política y la educación, y su papel fundamental en la construcción de nuevos discursos y culturas nacionales desde una perspectiva dinámica y atenta al desarrollo del conflicto. En este contexto, los intelectuales dejaron de ser tratados como individuos aislados para ser analizados en la complejidad de sus relaciones con la política, el poder y las sociedades, así como en sus medios de reproducción e influencia. No obstante, los debates no han cesado y la cuestión del consentimiento y la unanimidad de las sociedades europeas en guerra se encuentra lejos de estar cerrada. En este sentido, entre la amplísima bibliografía que ha aparecido recientemente que se multiplicará al calor de los centenarios del conflicto vale la pena destacar el libro de Nicolas Mariot, **Tous unis dans la tranchée? 1914-1918, les intellectuels rencontrent le peuple**, donde se muestra la distancia que separaba en Francia las representaciones construidas por hombres como Guillaume Apollinaire, Marc Bloch, Maurice Genevoix, Georges Duhamel o Léon Werth de lo que experimentaban los combatientes en los frentes de batalla.³ Desde su perspectiva, a pesar del empeño puesto por los intelectuales, la tan manida *Union Sacrée*, una suerte de “osmose passagère entre groupe sociaux”, estuvo muy lejos de concretarse en los términos de un consentimiento y una estabilidad permanentes y sin fisuras en los frentes y las retaguardias.

Los intelectuales europeos y la guerra

En relación con la cultura europea en su conjunto y con los intelectuales en particular, el inicio de la guerra no representó una transformación total. En las últimas décadas del siglo anterior, el progreso y la civilización, piedras basales del racionalismo progresista del siglo XIX, habían sido puestas en cuestión por auto-

³ Nicolas Mariot, **Tous unis dans la tranchée?: 1914-1918, les intellectuels rencontrent le peuple**, París, Seuil, Colección L'Univers historique, 2013.

res como Friedrich Nietzsche o Sigmund Freud. Lo propio habían hecho con el positivismo Henri Bergson o Albert Einstein. Y a todo ello se había venido a sumar la entrada siempre sospechosa de las masas en la política. Todo estuvo sometido al cuestionamiento, desde la ciencia y el arte hasta la política y las naciones. Como ha mostrado Emilio Gentile en **L'apocalisse della modernità**, la guerra fue más bien un salto en el proceso de radicalización iniciado en 1870, caracterizado, entre otras cosas, por una creciente apelación a la violencia y el antisemitismo y por el crecimiento de opciones nacionalistas expansivas que auguraban un conflicto armado a escala continental.⁴

Con el comienzo de las hostilidades, los procesos de movilización cultural fueron dominados por estrategias de persuasión puestas en marcha por los Estados que funcionaron sin contratiempos relevantes. Los ejemplos abundan. Como recoge Nicolas Beaupré en su **Écrire en guerre, écrire la guerre. France, Allemagne 1914-1920**, en Alemania fueron enviados durante el mes de agosto de 1914 un promedio de un millón y medio de poemas a los periódicos para ser publicados en honor a los soldados que partían hacia el frente; el **Berliner Tageszeitung** recibió un promedio de 500 por día durante las primeras semanas de conflicto. Para noviembre, se registraban en el mercado editorial alemán siete mil títulos relacionados con la guerra, y unos meses después, a comienzos de 1916, la avalancha de obras había alcanzado la cifra de más de 17 mil nuevos trabajos.⁵ En Gran Bretaña, durante el primer año y medio del conflicto, 2.400.000 hombres, casi un tercio de los hombres en actividad, se apuntaron como voluntarios para luchar en el frente.⁶

La cultura fue una pieza central de todo el esfuerzo bélico, y la mayoría de los intelectuales vivió los primeros días de la guerra en un estado de máxima excitación. Muchos se alistaron voluntariamente para luchar en el frente. Posiblemente, como sostuvo Roland Stromberg en **Redemption by War: The Intellectuals and 1914**, más revelador que el entusiasmo de la mayoría favorable a la intervención fue el silencio de aquellos que luego se acabaron convirtiendo en abanderados de la lucha contra ella, como George Bernard Shaw, Bertrand Russell, Stefan Zweig o Robert Graves.⁷ En Alemania y Austria, hombres como Georg Simmel, Otto Dix, Hugo von Hoffmannsthal, Rainer Maria Rilke o Gerhart Hauptmann, al igual que la mayoría del mundo académico de su país, iniciaron una campaña que presentaba la guerra como una oportunidad para vincular la alta cultura con el conjunto de la sociedad para regenerar la nación. En Francia y Gran Bretaña, la tarea se centró en la denuncia de las “atrocidades” y la defensa del “Derecho” tanto desde la prensa como desde los ámbitos universitarios y escolares.

⁴ Emilio Gentile en **L'apocalisse della modernità: la Grande Guerra per l'uomo nuovo**, Milán, Mondadori, 2008.

⁵ Nicolas Beaupré en su **Écrire en guerre, écrire la guerre. France, Allemagne 1914-1920**, París, CNRS, 2006; y Wolfgang Maryniewicz, **Salón Deutschland. Intelectuales, poder y nazismo en Alemania (1900-1945)**, Barcelona, Edhasa, 2013, p. 239.

⁶ Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, **14-18. Retrouver la guerre**, París, Gallimard, 2000, pp. 113-119.

⁷ Roland Stromberg, **Redemption by War: The Intellectuals and 1914**, Kansas, The Regents Press of Kansas, 1982.

En la construcción de estas comunidades nacionales en guerra, una de las más importantes herramientas de intervención colectiva de la cual se dotaron los intelectuales europeos fue el manifiesto público. Como sucedió en España, el conflicto pronto se convirtió en una “guerra de manifiestos” que se inició en octubre de 1914, con un conocido texto firmado por 93 académicos alemanes, que llevó a que sus pares ingleses, franceses y rusos respondieran con documentos similares. En este marco, a pesar de que se enfrentaron simultáneamente varios proyectos y valores, el centro de las polémicas se estructuró alrededor del enfrentamiento entre las “ideas de 1914” alemanas y las herencias del 1789 francés. Así, la gran mayoría de los hombres de letras alemanes se abocaron a la tarea de forjar una ideología concluyente destinada a confrontar las ideas occidentales de libertad y democracia. Los escritos de Max Scheller, Thomas Mann sus **Consideraciones de un apolítico** escritas después de la guerra y recientemente reeditadas en castellano son un documento de máxima relevancia,⁸ Houston S. Chamberlain, Friedrich Meinecke y Rudolf Kjellén, entre otros, sistematizaron esta lógica de confrontación que acabó por impregnar las polémicas de todo el continente europeo y parte del americano. Basándose en las tradiciones del derecho, la historiografía y la filosofía románticas, consideraban al Estado alemán como una forma política que concedía una verdadera libertad al pueblo, que solamente podía ser posible en un sistema donde la monarquía y la burocracia se situaban más allá de intereses particulares de clases y partidos. Esta construcción intelectual fue concebida, a su vez, como un medio de movilización del pueblo contra toda tentativa de reforma del sistema político del Imperio.⁹ Evidentemente, aquí ya aparecían algunas de las ideas fundamentales del “modernismo reaccionario” que identificó Jeffrey Herf hace ya algunos años.

Desde el otro lado del Rin, intelectuales y artistas franceses realizaron una revisión de los valores y la cultura alemanes que habían respetado y admirado durante mucho tiempo. Para la mayoría de ellos, la violencia de la guerra se acabó convirtiendo en un componente consubstancial a la cultura alemana, y el orgullo alemán devino un dato evidente desde Fichte, a quien pasó a considerarse uno de los grandes responsables del conflicto. El pensamiento alemán sufrió duras críticas y fue asimilado a la *nuage hégelien* que había venido a oscurecer la razón francesa, hipnotizándola al punto de que grandes maestros como Ernest Renan o Hippolyte Taine habían caído bajo su influencia. En este contexto, la guerra expandió las críticas a la noción de progreso tal como había sido asociada con Alemania, con el desarrollo de la ciencia positiva, el comercio, la industria, y la organización metódica de la vida social como elementos centrales. Alemania, patria natural de todos los pensadores, había fallado en su sacra misión, y la ruta estaba ahora libre para que Francia retomara su antigua función como la nación más inteligente de Europa. Desde académicos como Ernest Lavisse o Alphonse Aulard hasta músicos como Camille Saint-

Saëns se convirtieron en destacados difusores de esas ideas. Henri Bergson, uno de los personajes más relevantes del pensamiento filosófico francés en las décadas previas a la guerra, llegó a posicionarse como una especie de embajador cultural itinerante que se encargó de influir con su prestigio sobre la opinión de algunos países neutrales como España y Estados Unidos.

Esta uniformidad entre los intelectuales se resquebrajó con la aparición de la disidencia. Tras los mortíferos resultados de las batallas de Verdún y el Somme en 1916, las bases de este consenso comenzaron a verse erosionadas. El mito de la guerra imaginada y heroica quedó atrás definitivamente y las protestas comenzaron a crecer en todas las potencias europeas. En esos momentos Romain Rolland recibió el Premio Nobel de Literatura correspondiente al año anterior, y Henri Barbusse que había servido en el frente durante algunos meses en 1915 publicó **Le Feu**, libro por el cual un año después le fue concedido el Premio Goncourt. En 1917, Stefan Zweig publicó su drama vagamente antibelicista **Jeremiah**, mostrando que el cuestionamiento de la guerra comenzaba a extenderse y que lentamente se estaba gestando un sector intelectual disidente dentro de cada nación.

Las publicaciones y agrupamientos que rechazaban la guerra y que tenían, todas ellas, a Rolland como guía espiritual, ganaron un cierto terreno en los países más importantes de Europa. El intelectual francés residente en Ginebra decidió en noviembre de 1916 volver tomar la palabra después de un silencio de un año y medio, abriendo así un nuevo período en su pensamiento sobre la guerra. El artículo “Aux peuples assassins”, publicado en **Demain**, fue un auténtico manifiesto de ruptura, no solamente con la guerra, sino con la vieja sociedad y con el orden capitalista y burgués. Fue una llamada a la unidad que presentó elementos cercanos al internacionalismo de izquierdas y al pacifismo zimmerwaldiano.¹⁰

La entrada de Estados Unidos en la guerra en abril de 1917 y el triunfo de la revolución bolchevique en noviembre del mismo año acabaron por dinamitar la estructura sobre la que se asentaban las propagandas nacionalistas y militaristas de las potencias europeas. Según el Comité de Información Pública del gobierno de Wilson, creado pocos días después de la entrada en el conflicto, debía difundirse la idea de que la intervención americana tenía tanto un carácter de cruzada por la causa de la libertad y la humanidad como un objetivo purificador y regenerador. Así fue asumido por buena parte de las sociedades de los países beligerantes y los pocos neutrales que permanecían aún al margen del conflicto. En este contexto, la relevancia de la figura del presidente americano y su programa de 14 puntos hecho público en enero de 1918 adquirió una importancia central. Todo esto complicó las posibilidades de un triunfo alemán. El fracaso en la

⁸ Thomas Mann, **Consideraciones de un apolítico**, Madrid, Capitán Swing, 2011.

⁹ Aleksandr N. Dmitriev, “La mobilisation intellectuelle. La communauté académique internationale et la Première Guerre mondiale”, **Cahiers du monde russe**, Vol 43, n° 4, 2002, pp. 622-627.

¹⁰ La Conferencia de Zimmerwald, que tuvo lugar en Suiza entre el 5 y 8 de setiembre de 1915, reunió a la izquierda socialista internacional que cuestionaba la intervención de los partidos socialdemócratas en la guerra. Entre los participantes destacaron los bolcheviques Lenin y Zinoviev, representantes de la minoría “derrotista” o de izquierda, y una mayoría que proponía la reconstitución de la Internacional Socialista. Al año siguiente, estos sectores volvieron a encontrarse en Kienthal.



Operación Michael, iniciada en la segunda mitad de marzo de 1918, y la firma de la paz por separado de Rusia durante el mismo mes fueron determinantes. Pronto se hizo evidente la ruptura de los frentes civiles. La *Burgfriede* y la *Union Sacrée* se vieron erosionadas en Alemania y Francia cuando comenzaron a emerger los rencores provocados por la desigualdad del peso que habían soportado los diversos sectores de las sociedades. La agitación conmovió el Imperio austrohúngaro e Italia, especialmente afectada por la aplastante derrota sufrida en Caporetto, y se sintió también en el Reino Unido y Francia. En Rusia, la revolución derivó rápidamente en guerra civil y en intervención de las potencias aliadas, y en Alemania, el hambre y la desintegración social se expresaron en el crecimiento de revueltas sociales e insurrecciones de soldados y marinos que se inspiraban en el proceso revolucionario ruso. Todos estos elementos precipitaron el desenlace de la guerra, que se concretó en la abdicación de Guillermo II el 9 de noviembre de 1918 y la firma del armisticio dos días después.

Entre los alemanes, la derrota y las reparaciones impuestas en Versalles, las breves experiencias revolucionarias de 1918-1919, y la instauración problemática de la República de Weimar, proporcionaron una base mítica al nacionalsocialismo para la fundamentación de su proyecto político. El papel de la Revolución Conservadora fue central en este proceso. Las obras de Ernst Jünger, Oswald Spengler, Hans Freyer, Werner Sombart, Carl Schmitt y otros intelectuales contribuyeron de manera decisiva a mostrar la potencialidad de la fuerza regeneradora de un nacionalismo que se había fortalecido durante la guerra combinando reacción y modernismo.

En Francia, la victoria perdió relevancia en el discurso intelectual frente a la magnitud de un desastre que afectaba a la humanidad en su conjunto y que motivaba en los intelectuales una "doble mala consciencia" por su papel en la propaganda de guerra y por su acercamiento al poder político. Sin embargo, la incertidumbre por su papel en la guerra fue mitigada por la convicción de que la inmensa mayoría había combatido por la causa del Derecho. Sobre esta base, el resurgimiento de temas como las atrocidades de los alemanes en el debate francés de 1918-1919 denotó que la violencia se había convertido en el tema central del conflicto, y que el papel de los hombres de letras durante la contienda recibía el apoyo de una parte significativa de la sociedad. La experiencia de la guerra concedió al pacifismo y los valores que éste representaba un lugar de primer orden, y Romain Rolland gozó de una situación privilegiada, desconocida antes de 1914. Frente al crecimiento de diferentes corrientes pacifistas relacionadas de diferentes maneras con la experiencia soviética y con la Internacional Comunista, la derecha monárquica volvió a intentar reconstruir su poder bajo el liderazgo de Charles Maurras y Léon Daudet, y llegó a conseguir una destacada representación electoral en su crítica a las negociaciones de paz de Versalles. En realidad, tanto en Francia como en Alemania la guerra dejó como resultado un proceso abierto que volvería a explotar en 1939.

En España: la posición oficial y las disputas en las naciones

Frente al inicio de las hostilidades, el gobierno conservador de Eduardo Dato declaró la posición neutral del Estado en el diario *La Gaceta* del 30 de julio de 1914. A pesar de que hubo de salvar algunos momentos de tensión (especialmente importantes durante el gobierno de Romanones), esta posición se mantuvo hasta el final de la guerra. En los primeros meses, la opinión de que España no podía involucrarse en el conflicto fue compartida por casi toda la sociedad, no obstante algunas declaraciones de Alejandro Lerroux, Melquíades Álvarez y el conde de Romanones que parecieron amenazar esta aparente unanimidad. Sin embargo, con el paso de los meses el consenso inicial dio paso a un debate sobre el carácter de la neutralidad que acabó por convertirse en una encendida polémica en la que todos se posicionaron. Empezó a hablarse entonces de simpatías y fobias. Neutralidad dejó de ser un concepto unívoco y pasó a tener decenas de adjetivaciones que denotaron unas preferencias muy concretas que contribuyeron, a su vez, a configurar campos culturales y políticos que se acabaron expresando de manera antagónica.

Entre los simpatizantes de las potencias centrales destacaron la Corte y el conjunto de la aristocracia, liderados por María Cristina, y los partidos carlistas y mauristas. También lo hicieron el Ejército y la mayoría de la Iglesia católica. Entre los partidarios de los aliados resaltaron los diversos agrupamientos republicanos, los partidos socialista y reformista, y especialmente los intelectuales. Sus primeras reacciones mostraron un cierto desconcierto ya que, como pensaba Ortega y Gasset, la relevancia del proceso abierto en el continente contrastaba con el adormecimiento nacional. Mientras comenzaba "el incendio del mundo", Madrid parecía aletargada, "muy próxima a la idiotez", como escribió el filósofo en unas anotaciones inéditas entonces. Con el lanzamiento de la Liga de Educación Política como marco, la guerra encontró a la generación del '14 en un momento plenamente expansivo y de aproximación con sus antecesores. A pesar de sus constantes polémicas y enemistades transitorias con Ortega, Araquistáin y otros jóvenes, Unamuno fue uno de los personajes claves para entender los vínculos intergeneracionales. El pensador vasco pronto manifestó sus preferencias aliadófilas y contrarias a la *Kultur* alemana, y detectó que la sociedad española comenzaba a dividirse entre dos sectores, los germanófilos y los francófilos, que, en su interior, constituían dos ortodoxias que representaban la vieja tensión entre las dos Españas. Desde una perspectiva compartida por muchos hombres de letras españoles y europeos, creía que la guerra podía tener virtudes purificadoras —"Dicen que la guerra es como una tempestad que purifica la atmósfera", escribió— siempre que se desarrollara noblemente, como un "holocausto de sacrificio". Así lo planteó en su "¡Venga la guerra!" publicado en *Nuevo Mundo* a mediados de setiembre. Para la gran mayoría de escritores, la guerra podía ser una rotunda corrección de la mediocridad y la pérdida de sentimiento nacional reinantes en España, que Ortega había esquematizado en su famosa conferencia "Vieja y Nueva Política", pronunciada pocos meses antes

en el Teatro de la Comedia de Madrid. A pesar del contexto continental, podía ser una oportunidad para poner en práctica sus eternos proyectos de europeización y regeneración.

A diferencia de lo que se ha pensando muchas veces, la guerra no solamente devino unos de los ejes centrales del debate intelectual sino que también se convirtió en una fuente de enfrentamientos sociales. La crispación fue tal que llegaron a suspenderse las funciones de teatro que pudieran alterar el orden y se prohibió la proyección de películas y noticiarios en los que se hiciera referencia a la guerra. En esta situación los mundos de la política y la cultura se fueron entrelazando alrededor de las tres opciones que la guerra ofrecía para el futuro de España: la monarquía parlamentaria, encarnada por Gran Bretaña, la república laica francesa y la monarquía autoritaria y militarista simbolizada por Alemania.

Los intelectuales ocuparon un papel central en la articulación de los campos enfrentados. Tal como sucedió en el conjunto del continente, esta división se escenificó en una serie de manifiestos. El primer texto que apareció fue el neutralista “Manifest del Comitè d’Amics de la Unitat Moral d’Europa” redactado por Eugenio d’Ors —hecho público a finales de noviembre de 1914—, que dio inicio a un agrupamiento europeísta y recibió duras críticas desde el campo aliadófilo. Como respuesta a este manifiesto, un numeroso grupo de intelectuales catalanes, en su mayoría vinculados a sectores nacionalistas republicanos, firmó el “Manifest dels Catalans”, una clara demostración de la francofilia dominante en el catalanismo, que apareció el 26 de marzo de 1915.

Mientras los tanques y las bayonetas arrasaban media Europa, la Liga de Educación Política parecía no dar señales de vida. Frente a este nuevo fracaso, los intelectuales de la nueva generación volvieron a impulsar su proyecto con el eterno propósito de sacudir la opinión pública y despertar la conciencia nacional. Bajo la dirección de Ortega, un importante número de hombres de letras vinculados en su mayoría —aunque no exclusivamente— al Ateneo de Madrid, el reformismo y el republicanismo lanzaron **España** el 29 de enero de 1915, un semanario “nacido del enojo y la esperanza” que acabaría por convertirse en el periódico político más importante de la Edad de Plata. Fue allí donde el aún joven Ortega dejó entrever las razones que le llevaban a sostener una posición de aliadofilia matizada, una “política defensiva” que habría de convertirse en sinónimo de vitalidad para nacionalizar la sociedad y entrar en el “tiempo nuevo”. Fue allí también donde vio la luz el 9 de julio el texto más importante de la aliadofilia española, el “Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas”, redactado por Ramón Pérez de Ayala con el propósito de que España dejara de parecer “una nación sin eco en las entrañas del mundo” al proclamar su solidaridad con la causa de los aliados.

Era necesario romper con la idea de que la neutralidad del Estado era sinónimo de neutralidad en la nación. Por ello, Unamuno intentó potenciar la guerra civil que parecía abrirse entre aliadófilos y germanófilos desde las páginas de **El Liberal**. Lo propio hizo Luis Araquistáin, quien afirmó en **España** el 25 de junio de 1915 que mientras Europa se esforzaba en “eliminar de su seno el tumor

del despotismo prusiano, España, convertida en miniatura de la operación quirúrgica europea”, debía desterrar “también del suyo el quiste de estas hordas de alma teutónica”. La dinámica amigo-enemigo se desplegó en todo su esplendor, y los estereotipos del alemán y el francés se extendieron prácticamente a todas las publicaciones, tertulias y conferencias. Así lo reflejaban las portadas de revistas como **España**, ilustradas por Luis Bagaría, o las de la barcelonesa **Iberia**. En este marco, al amparo de las subvenciones proporcionadas por las embajadas francesa, inglesa e italiana, los intelectuales aliadófilos se multiplicaron desde la prensa, las revistas, los viajes realizados a los frentes de occidentales y las recepciones a los académicos franceses.

Estos intelectuales aliadófilos creyeron ver en Francia (y en menor medida en Inglaterra) una vía para el renacimiento nacional que en los años anteriores habían buscado en el Partido Reformista y el socialismo. Sin embargo, sus argumentos no estuvieron exentos de contradicciones. Sus apelaciones a la ciencia y al método científico como características netamente germanas, y por tanto despreciables, llegó a resultar incompatible o al menos contradictorio con la defensa del carácter moderno y regenerador del conocimiento científico defendido por el institucionismo, del cual se consideraban herederos.

Como sus pares aliadófilos, los hombres de letras germanófilos hicieron evidente su presencia como colectivo con el manifiesto “Amistad hispano-germana” publicado en el maurista **La Tribuna** el 18 de diciembre de 1915. Este texto, escrito por Jacinto Benavente, rechazaba de manera tajante que la guerra fuese un enfrentamiento de la libertad y la democracia contra la barbarie y el oscurantismo que supuestamente encarnaba Alemania. Desde su punto de vista, el imperio de Guillermo II representaba una lección de socialismo de Estado, orden, organización y fortaleza, que debía ser un modelo para España. Claramente, intentaban romper con el monopolio aliadófilo en la cultura española y se autoconcebían como “la representación de toda la España que piensa, trabaja y estudia” frente a “un grupo de bullidores, muchos de ellos profesionales del bombo mutuo en Madrid” que no entendía que Inglaterra era la causa principal de todos los males de la nación.

Las ideas de Juan Vázquez de Mella ejercieron una gran influencia en todo el arco germanófilo español. La guerra fue, desde su punto de vista, básicamente un conflicto entre Alemania e Inglaterra en el cual los intereses de la primera eran compatibles con los de España y, por ello, había de defenderse la “neutralidad absoluta”. Pero esto no podía afirmarse para la nación, ya que ésta no podía olvidar sus intereses permanentes territoriales y raciales. Una vez que Inglaterra quedara marginada del centro de la escena política éste era el plan, España podría conseguir la unión con Portugal a través de la reconstitución federal de la Península y, desde esta nueva posición, estaría en condiciones de plantearse la reconquista de Gibraltar como centro de la reorientación de una nueva política internacional que habría de concluir con la constitución de unos Estados Unidos de América del Sur que contrarrestara, a su vez, la creciente influencia del imperialismo norteamericano. Era una propuesta geopolítica para un



renacimiento de la nación que habría de poner fin al “parlamentarismo” y a la “falsa democracia” a través de tres “dogmas nacionales”: la soberanía sobre las costas, la federación con Portugal, y el imperio espiritual sobre América. Se trataba de un panhispanismo “precoz” que sería recogido más tarde como *Hispanidad* por el nacionalcatolicismo.¹¹

El campo intelectual germanófilo presentó dos sectores relativamente diferenciados. Por un lado, el de aquellos que, como el carlista Juan Vázquez de Mella y el católico Edmundo González Blanco, rechazaban la política internacional inglesa y los valores republicanos y jacobinos franceses, y por el otro el de quienes, a través de elementos provenientes del regeneracionismo, pensaban que Alemania, su sociedad, su sistema educativo y su vitalidad nacional debían servir como modelos para proyectar España en una perspectiva modernizadora. Esta simpatía se afirmaba en la defensa de la neutralidad frente al intento de los “farsantes de la cultura, esas hembras del 98”, la cita es de un texto Eloy Luis André en *La Esfera* del 13 de marzo de 1915 que pretendían que España fuera arrastrada por la guerra. Neutralidad y “españolismo” debían ser compatibles, a diferencia de lo que pretendían imponer los aliadófilos.

Esta heterogeneidad en el ambiente germanófilo que se veía, además, potenciada por la presencia de Pío Baroja entre sus filas se observaba también entre los aliadófilos. No solamente se trataba de los matices que podían observarse en las perspectivas de Unamuno, Ortega, Azaña o Araquistáin. También aparecían posicionamientos sensiblemente diferentes a los de estos intelectuales vinculados al reformismo, al socialismo y al mundo del Ateneo, como los de Álvaro Alcalá Galiano, maurrasiano y futuro miembro de Renovación Española, quien mostró en libros como *La verdad sobre la Guerra. Origen y aspectos del conflicto europeo* (1915) y *España ante el conflicto europeo* (1916) que su apuesta era por la Francia que representan las tendencias religiosas y nacionalistas de Maurice Barrés, Paul Bourget, Paul Claudel y Charles Maurras.

Las disputas antagónicas entre los campos germanófilo y aliadófilo no eliminaban puntos de conexión entre ellos. En este sentido, además de algunos casos puntuales de personajes como Luis Antón de Olmet que pasó de simpatizar por Alemania a ser un rotundo anti-germanófilo, es importante tener en cuenta que algunos conceptos que podían servir para proyectar una regeneración nacional llegaron a ser transversales. Fue esto lo que sucedió con las diversas perspectivas iberistas que potenció la guerra. Por un lado, desde ópticas no siempre coincidentes, germanófilos como Juan Vázquez de Mella y Manuel de Montoliu afirmaban sus propuestas en un iberismo y un latinismo de matriz clásica que se planteaban como mecanismos potencialmente renacionalizadores.¹² Desde el otro lado, la revista *Iberia*, dirigida en

Barcelona por Claudi Ametlla y subvencionada desde París, también afirmaba, esta vez en la pluma de Unamuno, un planteamiento iberista en la línea de Joan Maragall que sería recogido en el último año de la guerra por la también barcelonesa y aliadófila *Messidor*. En realidad, esta coincidencia relativa era parte de un proceso más general que había comenzado antes de la guerra en Europa, y que buscaba soluciones a la cuestión de la decadencia de las naciones en miradas proyectadas tanto hacia el pasado como hacia el futuro.

En última instancia, esta confrontación entre aliadófilos y germanófilos era una expresión de la lucha por el futuro político. Era una disputa entre proyectos que, a pesar de que podían compartir elementos comunes, hacía explícitas perspectivas irreconciliables sobre la defensa y el cuestionamiento del sistema restauracionista. Así se expresó en los últimos años de la guerra en las sucesivas polémicas sobre la neutralidad oficial y la intervención.

Nuevas perspectivas frente a la neutralidad

Durante los primeros meses de 1917, la situación económica —que se había caracterizado por grandes beneficios empresariales y una inflación que había empobrecido a amplios sectores de la sociedad— empeoró, y con ello aumentó la agitación social. Se fue extendiendo la idea de que el gobierno no estaba en condiciones de resolver los problemas más urgentes de los sectores más desfavorecidos de la sociedad. En este marco, los acontecimientos en Rusia y Estados Unidos contribuyeron a transformar el conflicto en una lucha ideológica entre la democracia y la libertad, entre la autocracia y el militarismo. En estos meses, al calor de la intensificación de la campaña submarina alemana, la cuestión de la neutralidad devino acuciante y Romanones, que había reemplazado a Dato en el gobierno, estuvo a punto de declarar la guerra a Alemania. Pero la presión de los sectores dinásticos, combinada con la falta de apoyos en Inglaterra y Francia, acabó por hacerle cambiar de parecer.

La monarquía se fue convirtiendo en el objetivo de los aliadófilos, al tiempo que un movimiento obrero militante estaba más unido que nunca, los regionalistas catalanes multiplicaban su capacidad de incidencia en la política española, y los oficiales del ejército conspiraban en las juntas. En este escenario, los intelectuales vinculados al Ateneo madrileño y a una *España* que se había convertido en un punto de encuentro entre la aliadofilia militante y los sectores socialistas y republicanos, bajo la dirección de Araquistáin lanzaron una nueva iniciativa colectiva en enero de 1917, la Liga Antigermanófila, que pretendió expresar en toda su magnitud la estrecha relación establecida entre los posicionamientos sobre la guerra europea y la política española. Su texto fundacional, firmado, entre otros, por Unamuno, Azorín, Benito Pérez Galdós, Manuel Azaña, Araquistáin, Antonio Machado y su hermano Manuel, contrastó con el manifiesto de 1915 por la voluntad de deslegitimar la propaganda germanófila como una expresión de la anti-España.

¹¹ Juan Vázquez de Mella, *El ideal de España. Los tres dogmas nacionales*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1915.

¹² Maximiliano Fuentes Codera, “Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)”, *Ayer*, n° 91, 2013, pp. 63-92.

La guerra civil tantas veces anunciada se escenificó en dos mítines que tuvieron lugar en la Plaza de Toros de Madrid. Exactamente en el mismo recinto y con menos de un mes de diferencia, germanófilos-neutralistas y aliadófilos-intervencionistas reunieron a decenas de miles de personas para mostrar que el país estaba dividido en dos sectores irreconciliables. Diez días después de que llegara al gobierno de Manuel García Prieto, el 29 de abril, Antonio Maura, que nunca había sido un germanófilo, reunió unas 20 mil personas en un acto anti-aliadófilo en el que se congregaron todos los sectores conservadores. Frente a esto, Araquistáin consideró que era necesario poner fin a la política de un gobierno responsable de la teoría de una neutralidad a todo trance y a todo precio, y que había resuelto prohibir la Liga Antigermanófila al tiempo que permitía que personajes como Vázquez de Mella y Maura difundieran sus ideas. La movilización unitaria de las izquierdas aliadófilas se expresó en un gran mitin que contó con la presencia de unas 25 mil personas. El espectáculo demostró que la causa aliada y las izquierdas estaban unidas. Tal como había planteado dos días antes Manuel Azaña en su conferencia sobre "Los motivos de la germanofilia" la ecuación era simple: únicamente uniendo sus fuerzas con las democracias europeas España podría estar en condiciones de convertirse también en un régimen democrático.

Pocas semanas después estalló la triple crisis que acabó por poner en jaque todo el sistema restauracionista. En este contexto, la aliadofilia fue asumiendo una posición de abierta confrontación con el régimen, a pesar de que se seguía contando con la expectativa de que Alfonso XIII llevara adelante una reforma constitucional democrática. Pero al constatar que el monarca no haría nada en favor de esta reforma se fue concretando la identificación del espíritu de libertad y democracia con las naciones aliadas. No obstante, no era extraño que se mezclaran la defensa de la democracia con fuerte diatribas contra el parlamentarismo ya que, como había escrito Araquistáin, el Parlamento había demostrado ser un instrumento de la monarquía y no un foro desde el cual pudiera resolverse la crisis política en un sentido democrático.

Con la guerra tocando a su fin, los intelectuales que habían convertido su aliadofilia en militancia interpretaron la derrota de Alemania como el fin de la autocracia. El viejo mundo que desaparecía con la abdicación de los Hohenzollern y los Habsburgo debía dar paso, también en España, a un nuevo régimen. En este contexto de esperanza y euforia, Ortega se había multiplicado desde las páginas de *El Sol*. Como afirmaban la mayoría de sus antiguos compañeros de España, pensaba que el sistema de la Restauración tenía sus días contados. En estas condiciones, la guerra debía ser una demostración rotunda de la derrota de la negativa dinámica del siglo XIX y el parlamentarismo, una "sublime podadora" que, a pesar de sus defectos, había tenido la virtud de "sacudir la inercia social echando por la borda toda institución caduca". El conflicto había abierto la puerta a nuevos caminos que las minorías directivas de las sociedades europeas estaban señalando. Por ello, la salida a la crisis española debía estar en los intelectuales, los únicos que podían desarrollar un proyecto asentado en los valores de la libertad, la justicia social,

la competencia y la modernidad. Se trataba de "sustituir radicalmente el eje histórico de la existencia nacional, de entregar España a otra clases y maneras de hombres", como escribió el 23 de marzo de 1918. El propósito era claro: liquidar lo viejo y dar paso a lo nuevo. Lo viejo y lo nuevo no eran aquí categorías generacionales como antes de la guerra. Lo viejo era la autocracia, el corrupto sistema de la Restauración, y lo nuevo era la incierta democracia que parecía vislumbrarse en Europa.

En cierta manera, esta propuesta de Ortega pareció expresarse en un nuevo agrupamiento, la Union Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres, fundada en noviembre de 1918. Fue la última demostración del turbulento proceso iniciado en 1917 en el que los intelectuales se habían investido de la misión de proyectar a través de los valores de los aliados el porvenir de la democracia en España. Otra vez, la redacción de España fue la sede de este nuevo agrupamiento. Azaña, secretario del Ateneo y del Partido Reformista, actuó también como secretario de la Unión. El círculo parecía cerrarse. Pero pronto la aceptación de España en la Sociedad de Naciones y el fracaso del gobierno de concentración de Maura, acabó por volver a sumir a muchos intelectuales en la desesperanza. La crisis que había de sublimar todas las aspiraciones construidas y defendidas durante cuatro largos e intensos años parecía cerrarse en falso, con un triunfo aliado celebrado en muchas calles del país pero con una vuelta a la más vieja política. Frente al estallido de la revolución en Alemania, España volvía a confirmarse como una excepción en el contexto europeo. En la hora de la paz, Alfonso XIII decidió reemplazar a Maura por el marqués de Alhucemas, y a éste, otra vez por Romanones. Esto parecía ser todo. "Mientras el mundo subía tan alto, España no podía descender más abajo", escribió Araquistáin en España el 7 de noviembre de 1918. Una vez asumida la negativa de la monarquía a tener en cuenta a los reformistas, algunos intelectuales aliadófilos decidieron que debía trabajarse en adelante desde una perspectiva republicana. "Hay que hundir la monarquía para alzar España; para conquistar la ciudadanía europea", escribió Marcelino Domingo una semana después en la misma revista.

El impacto de la guerra

En cierta manera, la actual falta de estudios sobre el impacto global de la guerra en el conjunto de los intelectuales españoles denota la pervivencia de una cuestión conflictiva, heredada de los discursos nacionalistas de algunos pensadores regeneracionistas. Se trata de un elemento central del discurso de la degeneración, del fracaso nacional: la idea de que España no formaba parte de Europa, que no acababa de encajar en ella, y de que para "regenerarse" debía buscar necesariamente en Europa los antídotos contra su enfermedad. Resulta interesante observar cómo los discursos de algunos hombres de letras han acabado por condicionar la agenda de los investigadores durante muchas décadas. Frente a esta situación se hace necesario insistir en que, a pesar de que en las primeras décadas del siglo XX España no estaba en el centro de las grandes alianzas internacionales, en el pla-



no de la cultura estaba especialmente inserta en Europa. Desde luego, los intelectuales, y sobre todo aquellos que escribían una y otra vez sobre el “problema” de España, estaban plenamente influidos por su ambiente intelectual y tenían un cierto impacto sobre él.

La guerra representó un momento de máxima importancia en el largo derrotero iniciado en el '98 y tuvo en la generación del '14, liderada por Ortega, su actor principal. Durante su desarrollo, todos los conceptos trabajosamente elaborados en las décadas anteriores en un constante ejercicio de comparación con una idea idealizada de Europa se pusieron a prueba y obligaron a los intelectuales a tomar partido, a proyectar nuevos remedios para la “enfermedad” nacional, y a actuar políticamente en consecuencia.

El impacto de la Gran Guerra sobre la política y los intelectuales en España fue, vale la pena insistir en ello, mucho más importante que lo que se ha pensado. O al menos, que lo que se ha escrito. Los cambios políticos e ideológicos —también económicos y sociales— que ella produjo globalmente fueron profundos, y sus consecuencias se observaron en las décadas siguientes. No en vano, la gran mayoría de intelectuales, desde Araquistáin a Eugenio d'Ors, volvieron a recordar estos años varias veces a lo largo de su vida. Anticipándose a una interpretación que han compartido Gerald Meaker y Francisco Romero Salvadó en 1949, en el exilio de Buenos Aires, Francisco Ayala publicó *La cabeza del cordero*, un conjunto de narraciones cuyo proemio planteaba que las divisiones ideológicas de la Guerra Civil habían tenido sus orígenes en la Primera Guerra Mundial, donde los “partidos diseñaron, en aquella España neutralizada, el tajo que más tarde escindiría a los españoles en dos bandos irreconciliables”.¹³ A pesar de que resulta necesario matizar este planteamiento general en algunos aspectos —los alineamientos no coinciden en todos los casos con aquellos que se produjeron durante la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República y, sobre todo, corren el riesgo de ignorar las heterogeneidades dentro de los grandes bloques germanófilo y aliadófilo—, no pueden dejarse de lado las huellas del conflicto europeo en una España que a pesar de que no tuvo los millones de ex-combatientes que nutrieron las diferentes propuestas de nacionalismo radical en Europa, vio cómo los discursos políticos, las lecturas de las opciones posibles frente a un régimen en crisis, y la necesidad de articular nuevas formulaciones para renovar las culturas políticas nacionalistas resultaron profundamente afectadas. No hubo un Estado en guerra ni unos esfuerzos bélicos que afectaran a la sociedad, pero existió una voluntad consciente para pensar el conflicto y posicionarse en consecuencia que, en su desarrollo, acabó por vincular estrechamente el pen-

samiento sobre el conflicto con la realidad política española y su renovación vital-nacional.

La guerra demostró que los intelectuales como colectivo debían ejercer su papel en estrecha relación con la política. Las sucesivas plataformas que se concretaron durante los cuatro años de conflicto *España*, la Liga Antigermanófila, la Union Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones mostraron una creciente conciencia de su papel determinante en la regeneración nacional de la misma forma que lo hicieron sus contemporáneos europeos. Entre los jóvenes de la llamada generación del '14 esta determinación fue más incondicional, mientras que en sus antecesores se limitó por momentos a la mera crítica cultural con el propósito de sacudir las conciencias de sus audiencias. Para los jóvenes, resultó posible y necesario influir en las líneas políticas del Estado, tal como afirmó repetidamente Ortega. La contaminación entre intelectualidad y política, de la cual, en opinión de Azaña, la III República francesa era el modelo a imitar, debía ser total, y el papel de los intelectuales, central en la reforma del Estado. El papel otorgado a la *intelligentsia* en la nueva política hizo que esta generación del '14 fuese la primera deliberada y orgánicamente política, la primera verdaderamente intelectual en el sentido que adquirió la palabra después del *affaire Dreyfus*. Sin embargo, esto no quiere decir que se produjera una ruptura generacional abrupta que pueda justificar una tajante esquematización entre una generación metapolítica, la del '98, y otra esencialmente política, la del '14. Los posicionamientos de Miguel de Unamuno y todas sus actividades durante los años de la Gran Guerra constituyen un ejemplo suficientemente ilustrativo de los peligros de taxonomías demasiado estrechas.¹⁴

El impacto de la guerra se produjo de manera gradual. Según sostuvo Luis Araquistáin en las primeras páginas de *Entre la guerra y la revolución*, se dividió en tres fases: primero el conflicto se siguió como si fuera un juego y la gente llegó incluso a hacer apuestas por el resultado; después, en 1915, los españoles comenzaron a tomar partido; y finalmente, hacia 1916, se produjo el estallido de la agitación y la movilización sobre la cuestión de la neutralidad. En las diferentes fases, todo el debate giró en torno a la posición neutral de los diferentes gobiernos que se sucedieron entre 1914 y 1918. Es éste un elemento clave para entender la relación estrecha entre el cuestionamiento de la posición frente a la guerra que comenzó a desarrollarse en 1915 y la crítica a los gobiernos y al propio régimen que tuvo lugar en 1917-1918.

Como parte de este desarrollo se produjo una revisión de una serie de conceptos que habían sido fundamentales en la configuración del pensamiento regeneracionista desde finales de siglo. Así lo mostró Ortega, quien se vio obligado a revisar su tan repetida idea de Europa como solución para la decadencia española. En el prólogo a la segunda edición de *España invertebrada*, publicada en octubre de 1922, afirmó que los años posteriores al conflicto europeo habían llevado a una profunda depresión de la potencialidad de las naciones europeas, que transitaban “el momento más grave de toda

¹³ Citado en Javier Krauel, “Visión parcial del enemigo íntimo: La Gran Guerra como antesala de la Guerra Civil”, *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, n° 5, 2009, en <http://ejournals.library.vanderbilt.edu/ojs/index.php/lusohispanic/article/view/3230/1439>; Gerald Meaker, “A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918”, en Hans Schmitt (ed.), *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988, pp. 1-6; y Francisco Romero Salvadó, *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002.

¹⁴ Véase María Díaz Cristóbal, “¿La Generación clásica? Modernidad, modernismo y la generación del '14.”, *Historia y Política*, n° 8, 2002, pp. 143-165.

su historia”.¹⁵ La imagen de las trincheras, que se había hecho habitual en sus meditaciones durante estos años, indicaba la influencia que había tenido la guerra en la trayectoria de un Ortega que, fiel a su optimismo, había tendido a adoptar un gesto de entusiasmo sin dejar de denunciar la crueldad de los frentes o de criticar la exaltación patriótica de un Max Scheler o de un Hermann Cohen. Con ese gesto de entusiasmo saludaba, también, al obrero-guerrero, nuevo protagonista social forjado en los campos de batalla que simbolizaba ya el principio de trabajo y el de la nación (personificando en el obrero el abnegado compromiso con la comunidad, y en el guerrero la ejemplaridad de los mejores que habían de organizar la nación).¹⁶ Después de 1919, Europa había quedado extenuada y España ya no podía buscar la solución en ella. Al menos, no en el modelo de Europa diseñado antes de 1914.

La idealización de Europa como horizonte regenerador tendió a verse sensiblemente limitada durante los años de posguerra. Esto se produjo por dos razones: a nivel europeo, la creciente percepción de que la guerra había sido un auténtico desastre civilizatorio (que se extendió en Francia al compás de una creciente simpatía por un pacifismo intelectual que acabó por vincularse en no pocos casos con el bolchevismo, tal como mostró el grupo *Clarté*) y, a nivel local, la decepción por la escasa receptividad mostrada por las potencias vencedoras hacia los reclamos de democratización del sistema restauracionista. En Cataluña, vale la pena recordarlo, esta decepción se expresó también ante el fracaso de la política autonomista, que no contó con el esperado apoyo de Clemenceau.¹⁷

Tal como sucedió en el conjunto de los nacionalismos europeos durante las primeras décadas del XX, el binomio decadencia-regeneración constituyó una pieza esencial en la estructuración del nacionalismo español durante los años de la guerra. Durante este proceso, la posibilidad de convertir a España en una nación “vital” se modificó. En este marco se reformularon, a veces desde perspectivas antagónicas, antiguos proyectos políticos y nacionalizadores. La necesidad de una renovación del discurso nacional comenzó a tener en la crítica al régimen de la restauración y a la corona uno de sus puntos clave hacia 1917. Por ello, el debate se concentró alrededor de la intervención o la neutralidad, en el cuestionamiento del régimen que propugnaba el sector mayoritario de la aliadofilia, o la defensa del *statu quo* que sostenían los germanófilos. Por eso, también, la cuestión del republicanismo pudo ser mucho más que antes una vía de renovación del discurso nacional o, como ha escrito recientemente Àngel Duarte, una manera de liberar a España de sí.

¹⁵ José Ortega y Gasset, “Prólogo a la segunda edición”, en *España invertida. Bosquejos de algunos pensamientos históricos*, Espasa, Madrid 2006 [1922], p. 35.

¹⁶ Sabine Ribka, “Ortega y la ‘Revolución Conservadora’”, *Historia y política*, n° 8, 2002, pp. 184-186.

¹⁷ Xosé Manoel Núñez Seixas, *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Catarroja-Valencia, Afers-Universitat de València, 2010.



Víctor Rizo García
Sin título [Zapatista]
Xilografía, 28 x 22 cm. (2012)

La sociología francesa y la Gran Guerra

Daniel Bernardo Sazbón*

A mediados de los años '30, entrevistado por un colega norteamericano, Marcel Mauss trazaba un cuadro sobre el estado de la sociología francesa; ante la pregunta sobre dónde encontrar a los "jóvenes prometedores" en ese campo, su respuesta fue elocuentemente descorazonada:

resulta difícil encontrarlos, puesto que la generación de hombres que ahora tendría entre 40 y 60 años fue cortada por la guerra; casi una generación entera fue barrida. De unos 800 estudiantes de la *École Normale* más de 150 murieron. De los 8 *agrégés* a mi cargo, sólo dos sobrevivieron... la generación que nos siguió es prácticamente un espacio en blanco desde el punto de vista de su producción académica...¹

Efectivamente, la Gran Guerra había tenido efectos particularmente trágicos sobre el grupo nucleado alrededor de Émile Durkheim, empezando por la desaparición de su fundador y principal figura. Su muerte y la de varios de sus colaboradores,² sumada a la resultante dispersión temática y sobre todo institucional de los sobrevivientes, afectaron decisivamente el panorama de la sociología francesa de las décadas posteriores; "sólo quedamos un puñado", escribía el mismo Mauss en 1925, lamentando que la guerra hubiera frustrado "lo que hubiera podido llegar a ser lo que se ha convenido en llamar la Escuela Francesa de Sociología".³

Si bien este desolador panorama dista de ser excepcional, tanto en comparación con los efectos de la matanza en los estudiantes y profesionales de otras disciplinas universitarias,⁴ como en rela-

ción con lo ocurrido en otros de los países involucrados en la conflagración,⁵ todos ellos sacudidos por una similar sangría de los jóvenes miembros de sus élites intelectuales,⁶ existen ciertas particularidades que hicieron del espacio sociológico francés un campo más sensible que otros a las secuelas más amargas del conflicto. La mayor fragilidad de una disciplina reciente, que contaba con poco más de dos décadas de inserción en el sistema académico francés para el momento del estallido del conflicto,⁷ las resistencias que debió enfrentar por parte de los sectores intelectuales más tradicionalistas, su concomitante dependencia de su capacidad de inserción en variados espacios institucionales, atada a vínculos personales por naturaleza inestables y perecederos, y por último, la existencia de proyectos y orientaciones concurrentes respecto al sentido que debía tener la naciente "ciencia de las sociedades",⁸ son algunas razones que permiten explicar las mayores dificultades que encontrará la sociología francesa para poder recuperar su impulso una vez que se hubieron silenciado los estruendos de las tempestades de acero.⁹

⁵ Cfr. la comparación de Aubin con las cifras de universitarios muertos en Cambridge y Harvard; Aubin, *op. cit.*

⁶ "Jamais dans l'histoire des peuples on n'a vu un tel sacrifice de l'élite", *Le livre français pendant la Grande Guerre*, Lyon, 1916.

⁷ Si se cuenta desde el nombramiento de Durkheim en la marginal universidad de Burdeos en 1887; pero recién en 1902 lograría desembarcar en la Sorbona parisina, para ocupar la cátedra de Ciencia de la Educación. Y aún habrá que esperar hasta la víspera misma de la guerra para que el curso pueda incluir el término "sociología", cuando en 1913 se pase a llamar "Ciencia de la Educación y Sociología".

⁸ Simplificando un paisaje más complejo, además de la representada por Durkheim, podemos identificar en el espacio intelectual francés de fin del XIX a tres grandes direcciones en competencia acerca del sentido que debía darse a la sociología: el grupo de Frédéric Le Play, vinculado ideológicamente al catolicismo social y agrupado en espacios como la revista *La réforme sociale*; el de René Worms, más afín a un positivismo organicista (aunque esto se modificará hacia el fin de siglo), y que logró cierto grado de institucionalización en espacios como el *Institut International de Sociologie*, que publicaba la *Revue internationale de sociologie*; y el proyecto individual y más difícil de clasificar de Gabriel Tarde, originariamente vinculado a los estudios de criminalística pero con una rápida proyección en la esfera pública a partir de sus trabajos y colaboraciones en congresos, aunque con nula capacidad de traducción institucional. Cfr. Pablo Nocera, "En los intersticios de las disciplinas. Gabriel Tarde y los orígenes de la sociología francesa", presentación a Gabriel Tarde, *Las leyes de la imitación y La Sociología*, Madrid, CIS, 2012, pp. 13-118.

⁹ Existe abundante bibliografía acerca del difícil y penoso proceso de institucionalización de la sociología como disciplina académica; cfr. Terry Clark, *Prophets and Patrons: The French University and the emergence of the social sciences*, Cambridge, Harvard University Press, 1973; Victor Karady,

* UBA / UNAJ

¹ Stephen O. Murray, "A 1934 Interview with Marcel Mauss", *American Ethnologist*, n° 16, febrero de 1989, p. 1. La entrevista fue realizada por el profesor de sociología Earle Edward Eubank.

² En la necrológica colectiva publicada en 1925, en el primer número de la nueva época de *L'Année sociologique*, Mauss enumeraba a Henri Beuchat, Robert Hertz, Maxime David, Reynier, Bianconi, Gelly, Vacher, Laffitte, Chaillié, Huvelin, y por supuesto a André Durkheim y a su padre; Marcel Mauss, "In memoriam. L'œuvre inédite de Durkheim et de ses collaborateurs", *L'Année sociologique*, Tomo I, 1923-1924, Félix Alcan, p. 20 y ss.

³ Mauss, *op. cit.*

⁴ Como, por ejemplo, las matemáticas; cfr. David Aubin, "L'élite sous la mitraille: les mathématiciens normaliens 'morts pour la France', 1914-1918", en Suzanne Féry (dir.), *Aventures de l'analyse de Fermat à Borel. Mélanges en l'honneur de Christian Gilain*, Presses Universitaires de Nancy, Nancy, 2012, pp. 681-706.



Del mismo modo, algunas de las estrategias empleadas por el grupo durkheimiano en este proceso de inserción y competencia al interior del campo también permiten explicar el elevado grado de involucramiento de sus miembros en el conflicto, que supuso no sólo la partida de los miembros más jóvenes al frente de batalla,¹⁰ sino también la activa participación de los mayores en el "frente doméstico", donde colaboraron en tareas de organización y propaganda.¹¹ La directa vinculación que establecieron desde temprana fecha entre la institucionalización de la disciplina y su función político-ideológica, tanto como instrumento de conocimiento para comprender la naturaleza de la sociedad francesa como sobre todo en cuanto herramienta de intervención sobre la misma, es decir, tanto para detectar los obstáculos que encontraba la realización plena de los ideales republicanos que buscaban arraigarse desde 1870, como para operar sobre ellos para acotarlos y disolverlos, implicaron que los lazos entre el proyecto encarnado en la figura de Durkheim y el sistema político y cultural de la III República fueran sentidos con particular intensidad por parte de sus adherentes, del mismo modo en que lo serán posteriormente por gran parte de sus críticos, y distinguían nítidamente en este punto a este núcleo de sus rivales en la disputa al interior del campo.¹² La participación de gran parte de su elenco en las filas *dreyfusards* (en particular la del propio Durkheim) en los últimos años del siglo es reveladora de esta afinidad, así como simétricamente lo serán en los años venideros las acerbias críticas que recibirán por parte de autores como Paul Nizan y Julien Benda.¹³

Una triste paradoja (en rigor sólo aparente) en este sentido es que esta fuerte vinculación de la sociología durkheimiana con las "pasiones políticas" del momento que les impugnarán retrospectivamente Benda, así como su adscripción plena y decida a la defensa de los valores culturales y políticos que consideraban expresión de la nación francesa, explican no sólo gran parte de las resistencias que encontró en su camino, por parte de quienes impugnaban ambas asunciones, sino también el grado en el que se vieron involucrados en la contienda bélica en 1914. Por un lado, porque frente a la equivalencia sostenida entre "republicanismo" y "Francia" (y entre ambos términos y "sociología"), gran parte de sus opositores rechazarán la escuela de Durkheim tanto en base a sus valores políticos como en cuanto a la pertinencia de los mismos en la tradición nacional, impugnaciones que se hicieron par-

ticularmente explosivas en la primera década del siglo, con el avance en la arena pública de espacios que recusaban un conjunto de valores centrales para la ideología republicana (laicismo, igualitarismo, racionalismo, etc.) que para muchos van a condensarse perfectamente en la figura del enérgico profesor alsaciano; para el agresivo nacionalismo católico antirrepublicano, la sociología durkheimiana (cuando no la sociología *tout court*) será ajena a la nación francesa, tanto en sus fundamentos culturales como en sus formas políticas.

Esta ajenidad puede serle imputada al grupo durkheimiano por distintas vías, desde las que identifican en la base de sus ideas la presencia de Kant, filosófica y religiosamente hostil a la tradición francesa (es decir, católica),¹⁴ hasta los que más o menos veladamente harán referencia a las raíces judías del autor de *El Suicidio*, especialmente, por razones obvias, en la época del *affaire* Dreyfus, pero con particular intensidad en los períodos cercanos a las guerras de 1870 y 1914, cuando se solapan con la denuncia de las raíces "alemanas" de su pensamiento.¹⁵

Si esta imputación acerca del carácter importado de la sociología durkheimiana no hacía más que colocar en un distrito novedoso una ubicua y antigua preocupación acerca de las relaciones entre el pensamiento francés y su contraparte germánica, se veía reactivada en un contexto donde el nacionalismo integrista será un vector privilegiado para la oposición al régimen político, y en el cual por consiguiente todo señalamiento acerca de los vínculos entre el elenco gobernante y el "enemigo alemán" tenía una utilidad evidente: la aparición de la *Action française* en 1898 y las obras de dos de sus principales animadores, como Charles Maurras y Léon Daudet, alertando contra el peligro de la presencia de intereses e ideas vinculadas al mundo germánico en el seno de la sociedad francesa, es suficiente ilustración de los carriles por los que circulaba la discusión política del momento, al igual que las dos encuestas que buscaban mensurar la "influencia alemana" en la cultura francesa.¹⁶

¹⁰ "Durkheim, les sciences sociales et l'Université: bilan d'un semi-échec", *Revue française de sociologie*, Vol. 17, n° 2, abril-junio 1976, pp. 267-311; y George Weisz, "Le corps professoral de l'enseignement supérieur et l'idéologie de la réforme universitaire en France, 1860-1885", *Revue française de sociologie*, Vol. 18, n° 2, abril-junio 1977, pp. 201-232.

¹¹ En un sentido bastante elástico del término: Mauss, con 41 años, pelea en el frente durante todo el transcurso de la guerra; lo mismo ocurre con Paul Fauconnet (40) y Maurice Halbwachs (37).

¹² Entre ellos, desde luego, el propio Émile Durkheim.

¹³ Ni en René Worms ni en Gabriel Tarde, por nombrar a los principales exponentes de la sociología no-durkheimiana del último cuarto del siglo XIX, tendrán una afinidad tan estrecha con el proyecto republicano. Los miembros de la escuela de Le Play, por su parte, eran directamente hostiles a gran parte de los postulados de la República.

¹⁴ Paul Nizan, *Les chiens de garde*, París, 1932 [Los perros guardianes, Madrid, Fundamentos, 1973]; Julien Benda, *La trahison des clercs*, 1927 [La traición de los intelectuales, Buenos Aires, Ediciones Efecé, Biblioteca de Sociología, 1974].

¹⁴ Cf. Martha Hanna, "Contre Kant et la Kultur. La critique culturelle de l'Action française pendant la Grande Guerre", Olivier Dard, Michel Leymarie y Neil McWilliam (dirs.), *Le maurrassisme et la culture. L'Action française, culture, société, politique (III)*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2010, pp. 121-130.

¹⁵ Las referencias a los judíos como "alemanes interiores" eran frecuentes en los medios nacionalistas, particularmente a partir de la difusión de la tesis de los "estados confederados" que conspiran con el extranjero desde el interior de las fronteras del país: judíos, protestantes, masones y extranjeros. En noviembre de 1915 el periódico *La libre parole* llamó a Durkheim "Boche à faux nez, qui représente le *Kriegsministerium* dont les agents pullulent en France"; cfr. Karady, *op. cit.*, y Philippe-E. Landau "La communauté juive de France et la Grande Guerre", *Annales de démographie historique*, Vol. 1, n° 103, 2002, pp. 91-106. La acusación de *Libre parole* sirvió para que un senador derechista, Adrien Gaudin de Vilaine (que ese mismo año publicaría *L'espionnage allemand en France*), requiriese que se revisara la documentación de Durkheim como parte de los "franceses de origen extranjero"; cf. Steven Lukes, *Émile Durkheim. Su vida y su obra*, Madrid, Siglo XXI - CEIS, 1984 [original inglés, 1973].

¹⁶ "Un enquête franco-allemande", *Mercure de France*, abril, 1895; y "Enquête sur l'influence allemande", *Mercure de France*, noviembre, 1902. El deslizamiento en los títulos de ambas encuestas es revelador acerca de la mutación en el ambiente político-intelectual francés de comienzos de siglo. Destaquemos que entre los consultados en la encuesta de 1902 figura Émile Durkheim.

La referencia alemana ocupó un lugar central en las reformas en el sistema de educación e investigación emprendidas por parte del gobierno republicano en los años '80, y que como se vio encontraban en la sociología durkheimiana una de sus formas de condensación más visibles. Efectivamente, al prestigio del que gozaba el sistema universitario alemán desde mediados del XIX, se le sumaba la operación que buscaba legitimar un nuevo sistema de referencias intelectuales que se quería desmarcar del tradicional.¹⁷ Este mecanismo, notorio ya en el medio francés desde su utilización por parte de figuras como Victor Cousin y François Guizot, se actualizará en el contexto de la III República. Si por un lado en figuras como Émile Boutroux y sobre todo Charles Renouvier la filosofía kantiana servirá para sostener los fundamentos teóricos del sistema republicano,¹⁸ por el otro la derrota sufrida en la guerra del '70, vista por muchos como la traducción en el terreno militar de la superioridad alcanzada en el cultural,¹⁹ se traducirá en el impulso a las reformas pedagógicas y académicas que tomarán al sistema de educación superior del otro lado del Rin como modelo a emular, proporcionando al mismo tiempo un espacio alternativo de autores y perspectivas que servirá de referencia para los jóvenes investigadores y educadores formados en los años '80 y '90.

El caso de la sociología durkheimiana será en esto ejemplar: los viajes a Alemania serán la norma, empezando por Durkheim (cuyas primeras publicaciones serán reseñas de autores como Schaeffle, Gumplowicz, Schmoller o Wund), y siguiendo con otras figuras como Marcel Mauss, Célestin Bouglé, François Simiand y Maurice Halbwachs; además, cuando comiencen a publicar el que será su principal órgano editorial, *L'Année sociologique* (expresión del proyecto colectivo y espacio de explicitación del *canon* propuesto para la disciplina, con la correspondiente distribución de gracias y condenas), será notable como las reseñas y menciones a figuras alemanas superarán con mucho en número y proporción a lo que podía encontrarse en las publicaciones similares de grupos como los leplayistas o la *Revue internationale de sociologie*, en las que las referencias eran preponderantemente francesas. Como ocurría en otras áreas que experimentaban un similar proceso de modernización temática e institucional, la remisión al espacio alemán era la regla para quienes querían fundar en ella un nuevo patrón de legitimidad.²⁰

No es de extrañar por lo tanto que en la década anterior a la guerra, precisamente cuando más logró avanzar la institucionaliza-

ción de la sociología durkheimiana en la universidad francesa, y al mismo tiempo cuando con mayor fuerza surgían las voces del nacionalismo católico antirrepublicano, los ataques contra el grupo durkheimiano ganaran en virulencia y publicidad. El escenario abierto a la salida del caso Dreyfus, sumado a la prolongación y profundización de las reformas llevadas adelante por el gobierno republicano en el sistema educativo,²¹ contribuyeron a acentuar la movilización del mundo intelectual, proporcionándole consignas unificadoras al heterogéneo bloque tradicionalista en la defensa de la "cultura francesa" frente a las nuevas orientaciones de pensamiento favorecidas por los sectores más reformistas del gobierno. La sociología, particularmente la durkheimiana, estará en el centro del ataque de un conjunto de intervenciones sostenidas en un amplio andamiaje de posiciones mixturadas con énfasis variable: espiritualismo, clericalismo, chauvinismo, clasicismo, antipositivismo, nacionalismo, etc.

Dos ejemplos son particularmente significativos en este sentido: el primero tuvo lugar en las páginas de la *Revue néo-scholastique* (título que exige de aclaración acerca de su inscripción en el mundo cultural y político francés), cuando el sacerdote belga Simon Deploige publicó una serie de artículos entre 1905 y 1907 con el título colectivo "Le conflit de la morale et de la sociologie"; en ellos, la denuncia del "asalto general" contra la filosofía moral tradicional por parte de la sociología lleva al filósofo neotomista a explicar el origen alemán del "realismo social" durkheimiano, y a la derrota de 1870 como clave explicativa de esta "invasión" de productos de cuño germánico.²² Las dos cartas de respuesta que envía Durkheim a la revista, defendiéndose de esta "argumentación tendenciosa" y colocando su obra en línea con la de predecesores como Comte, Spencer y Espinas, son reveladoras acerca de la sensibilidad de su autor para percibir el peligro que significaba para su proyecto dejar sin contestación este tipo de acusaciones.²³ La otra manifestación del modo en que el rechazo a las reformas modernizadoras republicanas se anudaba a la agitación chauvinista con-

¹⁷ Michel Espagne y Michael Werner, "La construction d'une référence culturelle allemande en France: genèse et histoire (1750-1914)", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Vol. 42, n° 4, 1987, pp. 969-992.

¹⁸ William Logue, *Charles Renouvier. Philosopher of Liberty*, Baton Rouge-Londres, Louisiana University Press, 1993; más en general, cfr. Claude Nicolet, *L'idée républicaine en France. Essai d'histoire critique*, Paris, Gallimard, 1982.

¹⁹ "La victoire de l'Allemagne a été la victoire de la science... Si nous voulons nous relever de nos désastres, imitons la conduite de la Prusse. L'intelligence française s'est affaiblie; il faut la fortifier. Notre système d'instruction, surtout dans l'enseignement supérieur, a besoin de réformes radicales", Ernest Renan, *La réforme intellectuelle et morale de la France, 1871 [La reforma intelectual y moral]*, Barcelona, Península, 1972.

²⁰ Al respecto, cfr. Victor Karady, "Stratégies de réussite et modes de faire-valoir de la sociologie chez les durkheimiens", *Revue française de sociologie*, Vol. 20, n° 1, 1979, pp. 49-82.

²¹ Se trata en rigor de distintos conjuntos de propuestas presentadas a lo largo de la primera década del siglo, que terminaron superpuestas en las consideraciones de sus opositores: por un lado, una disminución en el peso del estudio de las "lenguas clásicas" en los estudios secundarios (en los *lycées*) y universitarios (en la Facultad de Letras); por el otro, la modernización de la gramática francesa, con el objeto de disminuir su complejidad y arbitrariedad para volverla más accesible para la mayor parte de las personas; finalmente, el relajamiento en los requisitos para la admisión a las facultades de Ciencias y de Letras del diploma en latín. Cfr. Christophe Charle, "Ferdinand Brunot et la défense des modernes. Langue et patrie", comunicación presentada en la Jornada de Estudios de París-IV, junio de 2005; Gisèle Sapiro, "Défense et illustration de 'l'honnête homme'. Les hommes de lettres contre la sociologie", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 153, 2004, pp. 11-27.

²² "D'où vient cette invasion ou plutôt cette importation allemande? Elle est peut-être un résultat de la guerre de 1870. Au lendemain de la paix de Francfort, les Français se tournèrent vers l'Allemagne pour lui demander les causes de sa supériorité... Et de jeunes Français s'en allèrent au pays du vainqueur étudier l'organisation des Universités et suivre les cours... Quand son tour fut venu... M. Durkheim suivit le courant", Simon Deploige, "Le conflit de la morale et la sociologie", *Revue néo-scholastique*, n° 12-15, 1905-1908. Significativamente, Deploige señala a Georg Simmel como inspirador de las ideas principales de Durkheim.

²³ "Rien de plus inexact que d'attribuer à l'influence de Schaeffle la conception que M. Deploige appelle le réalisme social. Elle m'est venue en droite ligne de Comte, de Spencer et de M. Espinas que j'ai connus bien avant de connaître Schaeffle". Émile Durkheim, "Deuxième lettre", *Revue néo-scholastique*, 08/11/1907.



tra la penetración de ideas extranjeras la proporciona el conjunto de artículos aparecidos en el *Mercure de France* en 1910 firmados por el seudónimo "Agathon",²⁴ en los que se ponían en cuestión el perfil de la "nueva Sorbona" que resultaba de las reformas republicanas, consecuencia del "culto a la ciencia germánica" y por lo tanto ajeno a "las cualidades propias de nuestra raza"; como ejemplo más acabado de este modelo educativo se citaba en extenso a la "estrecha" sociología durkheimiana, que encarnaría el ideal "mediocremente utilitario" de la división del trabajo.²⁵

Más allá de los rasgos particulares de la escena francesa, lo cierto es que el elevado compromiso que tendrá el grupo durkheimiano con el sistema político gobernante para el momento en que empezaron a sonar los rumores de guerra no fue demasiado distinto al que pudo apreciarse en otros de los países que participaron del conflicto; la "guerra de manifiestos" que se desató entre los intelectuales y académicos de las naciones en lucha en los primeros meses de la contienda es reveladora no sólo de la penetración de las ideas y sentimientos chauvinistas y jingoístas en las distintas capas sociales europeas y norteamericanas, sino también del grado de imbricación existente entre el mundo universitario y cultural y los aparatos estatales que los sostenían. Quizás el mejor ejemplo en este sentido sea, precisamente, el caso alemán, donde la centralidad del Estado en el proceso de modernización económica, política y cultural de la nación, así como el lugar privilegiado del sistema educativo para la conformación de una "burguesía" que debía su posición social más a la posesión de ciertos valores culturales que garantizaba y perpetuaba tal sistema que a la actividad económica independiente, llevó a que los académicos se vieran a sí mismos como parte crucial de la defensa de los intereses nacionales, al tiempo que se le prestaba una atención mayor a las especificidades locales que lo que ocurría con sus contrapartes inglesas o francesas.

Las diversas modulaciones del pensamiento romántico, como las reflexiones acerca de la oposición entre *Kultur* y *Zivilisation*, tendrán una presencia duradera en la producción teórica alemana, particularmente en el campo de las ciencias sociales, donde la distinción entre los modelos "orgánicos" y "mecánicos" de lazos sociales irradiará sus efectos hasta bien entrado el siglo XX; sin ellas sería imposible pensar las producciones de las distintas variantes de "escuelas históricas" (en economía, sociología o derecho), con figuras como Schmoller, Savigny o Tönnies. Pocos textos ilustran tan bien esta percepción del lugar que le corresponde al académico en relación con los intereses nacionales, que la *Antrittsrede* pronunciada por Weber en Friburgo en 1895,²⁶ una suerte de *pendant*

de la impartida por Heidegger en el mismo sitio, casi 40 años después; más en general, la entera sociología weberiana, y en cierto sentido, la sociología alemana como un todo, es impensable sin referir a esta aguda conciencia de su politicidad ingénita.

Estas construcciones especulares se mirarán extrañadas una vez que "el incendio que cubrió el bosque europeo comenzó a llamear", desconociendo hasta qué punto los unía un mismo patrón de relaciones con el sistema político de sus países, más allá de las evidentes distancias que los oponían en virtud del sistema de valores en el que se sostenía cada uno de ellos. Si en el caso alemán la tarea autoimpuesta para el cientista social apuntaba a velar por los intereses nacionales, entendidos en función de la capacidad del Estado para aumentar su potencia y fortalecer su soberanía interna y externa, en el caso francés las distintas valencias de esas coordenadas (republicanismo, libertad, democracia, universalismo) no impedirá que exista una similar sensibilidad hacia el papel del intelectual en la defensa de las mismas. El propio Durkheim lo ha expresado como pocos en su curso de 1913, cuando señaló al "interés nacional" como una de los motivos detrás de su defensa del racionalismo, "base esencial de la cultura francesa", contra el "peligro" de la irrupción de la filosofía pragmática.²⁷

Cuando los primeros disparos de 1914 se escucharon, el universo académico de cada lado del Rhin se vio arrastrado a una tarea militante en favor de cada uno de los extremos de esta polarización. En Gran Bretaña, una fuerte campaña siguió a la invasión alemana de Bélgica, y en particular luego de la destrucción de la biblioteca de la universidad de Lovaina, presentada como ejemplo supremo de la contradicción entre el militarismo prusiano y la cultura clásica europea.²⁸ Frente a esto, una gran parte de los intelectuales y académicos alemanes, reaccionaron contra las "mentiras y calumnias" acerca de las responsabilidades últimas de la guerra: tal reacción se tradujo en la producción de una serie de manifiestos, de los cuales el más conocido fue el "Llamamiento al mundo de la cultura" o "Manifiesto de los 93",²⁹ en el que científicos y académicos cerraban filas con la causa de Alemania en la guerra.³⁰ Esta proyección del *Augusterlebnis* en el mundo inte-

²⁶ "El Estado nacional y la política económica", en Max Weber, *Escritos políticos*, Madrid, Alianza, 1991, pp. 63-100.

²⁷ "C'est... un intérêt national. Toute notre culture française est à base essentiellement rationaliste... Une négation totale du Rationalisme constituerait donc un danger: ce serait un bouleversement de toute notre culture nationale. C'est tout l'esprit français qui devrait être transformé si cette forme de l'irrationalisme que représente le Pragmatisme devait être admise". Durkheim, *Pragmatisme et sociologie*, Paris, Vrin, 1955.

²⁸ La invasión de Bélgica, un país cuya neutralidad estaba supuestamente garantizada desde hacía casi un siglo por el Tratado de Londres de 1839, y las supuestas atrocidades cometidas por las tropas alemanas, dio sustento a una poderosa campaña en la prensa británica en favor de la declaración de guerra contra Alemania. Cfr. Alexandr N. Dmitriev, "La mobilisation intellectuelle. La communauté académique internationale et la Première Guerre mondiale", *Cahiers du monde russe*, Vol. 43, n° 4, 2002, pp. 617-644.

²⁹ El "Manifiesto" está fechado en octubre de 1914, aunque fue redactado en septiembre; fue precedido por la "Declaración de los Profesores Universitarios del Reich", firmado por cerca de 4000 docentes, y sucedido por la "Declaración de las Universidades Alemanas", presentada por todos los rectores universitarios. Cfr. Dimitriev, *op. cit.*

³⁰ Entre los firmantes había físicos como Planck y Roentgen, filósofos (Windelband), economistas (Brentano, Schmoller), psicólogos (Wundt), his-

²⁴ Bajo el cual se ocultaban Alfred de Tarde (hijo del sociólogo Gabriel Tarde, quien se había enfrentado áspicamente con Durkheim) y Henri Massis.

²⁵ Los artículos fueron compilados en Agathon, *L'esprit de la Nouvelle Sorbonne. La crise de la culture classique, la crise du français*, Paris, Mercure de France, 1911. En la misma dirección que "Agathon", el nacionalista Pierre Lasserre pronuncia una serie de conferencias (luego reunidas en *La doctrine officielle de l'Université. Crique du haut enseignement de l'état, défense et théorie des humanités classiques*, 1912) denunciando las ideas protestantes, judías e izquierdistas en La Sorbona: "Durkheim [nous offre] un type de pensée, ou plutôt de non-pensée, fort répandu chez les philosophes universitaires... cette double servitude au panthéisme germanique et au mysticisme révolutionnaire". Cfr. Gisèle Sapiro, *op. cit.*

lectual se cristalizó en los meses siguientes en la formulación de las “Ideas de 1914”, condensadas en principios esencialmente alemanas como orden, unión nacional y libertad interiores, enfrentados al mercantilismo británico, la superficialidad francesa o el despotismo ruso; esta contraposición entre la tríada “ley, orden y deber” y la ya caduca “libertad, igualdad, fraternidad” es evidente en las obras de Plenge, Kjellen o Troeltsch, sus principales exponentes, pero también puede apreciarse en las de Scheler, Sombart, Troetsch o Natorp.³¹ Era la *Krieg der Geister*, el conflicto entre dos concepciones del mundo.³²

Es claro que no todo el mundo intelectual alemán se dejó arrastrar del mismo modo por el entusiasmo belicista, pero lo cierto es que, más allá de las gradaciones que no tardaron en aparecer —entre quienes con más entusiasmo abrazaron la guerra, como Sombart y Tönnies, y aquellos cuya prudencia los hizo mantenerse algo más al margen, como Simmel y Weber—,³³ y a la también rápida aparición de una respuesta por parte de quienes eran más refractarios al conflicto, como el “Llamamiento a los europeos” de Georg Nicolai y Albert Einstein,³⁴ en los países beligerantes se prefirió ver más homogéneamente el panorama de las relaciones entre la cultura alemana y el militarismo que había desencadenado la guerra, y las respuestas al “Manifiesto” no se hicieron esperar.³⁵ Incluso quienes más esfuerzos hacían para permanecer “*au-dessus de la mêlée*” y evitaban identificar al pueblo alemán con los “bárbaros”, intentando escapar a la “cultura de guerra” que se impone ahogando toda disidencia,³⁶ no dejaban de indignarse con el testimonio de las atrocidades cometidas contra “el pequeño pueblo belga, inocente e infortunado”.³⁷

toriadore (Lamprecht, Meyer), etc. También firmaron artistas, músicos (como el compositor Engelbert Humperdinck) y políticos.

³¹ Rudolph Kjellen, *Die Ideen von 1914: eine weltgeschichtliche Perspektive*, 1915; Johann Plenge, *1789 und 1914: Die symbolischen Jahre in der Geschichte des politischen Geistes*, 1916; Ernst Troeltsch, *Die Ideen von 1914*; Werner Sombart, *Händler und Helden*, 1915; Max Scheler, *Der Genius des Krieges und der Deutsche Krieg*, 1915. Ver: Jeffrey Verhey, *The Spirit of 1914. Militarism, Myth, and Mobilization in Germany*, Melbourne, Cambridge University Press, 2000.

³² Hermann Kellermann, *Der Krieg der Geister*, 1915; escrita al calor de los acontecimientos, se trata de la primera obra que intenta analizar la respuesta de la comunidad académica internacional al conflicto de 1914; cfr. Chagnon, *op. cit.*

³³ Hans Joas, “The Classics of Sociology and the First World War”, *Thesis Eleven*, n° 27, 1990, 101-124.

³⁴ El *Aufruf* de Nicolai y Einstein tuvo sin embargo un eco muy limitado entre la intelectualidad alemana; cfr. Dimitriev, *op. cit.* Véase también la tesis inédita de Marie-Eve Chagnon, “Le Manifeste des 93: la nature de la mobilisation intellectuelle allemande au déclenchement de la Grande Guerre (1914-1915)”, Université du Québec à Montréal, 2007.

³⁵ Sobre las respuestas en Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia y Francia, cfr. Dimitriev, *op. cit.*

³⁶ La expresión “cultura de guerra”, originariamente debida a Georges Mosse, ha sido desarrollada en las últimas décadas por el grupo de historiadores nucleados alrededor de Jean-Jacques Becker y Stéphane Audoin-Roussseau y el “Historial de la Grande Guerre” de Péronne, y comprende además a autores como Annette Becker, Christophe Prochasson y John Horne. Sobre los debates al respecto, cfr. Élise Julien, “À propos de l'historiographie française de la première guerre mondiale”, *Labyrinthe*, n° 18, 2004, pp. 53-68.

³⁷ “Lettre ouverte à Gerhart Hauptmann”, en Romain Rolland, *Au-dessous de la mêlée*, 1915 [EL Espíritu libre. Por encima de la contienda, Buenos Aires, Hachette, pp. 45-47]. Significativamente, el mismo Henri Massis que como parte de “Agathon” había atacado a Durkheim, escribió ese mismo año el panfleto “Romain Rolland contre la France”; cfr. Ruth Amossy, “Dialoguer au coeur du conflit? Lettres ouvertes franco-allemandes, 1870-1914”, en *Mots. Les langages du politique* n° 76, 2004.

En el caso francés esta perspectiva esencialista, que como vimos hundía sus raíces en una lectura que por lo menos desde comienzos del siglo señalaba los rasgos más indigeribles del pensamiento alemán para la cultura francesa, llevaron a que la reacción fuera inmediata y que contara con un decisivo apoyo estatal; republicanism francés y militarismo alemán cristalizaron en dos polos cuyos oposición irreductible quedó de manifiesto cuando Bergson afirmara que era tarea de la Academia afirmar lo que era evidente para todos: que “la lucha contra Alemania era la lucha misma de la civilización contra la barbarie”.³⁸ Además de la aparición de un “contramanifiesto” firmado por un centenar de figuras de la cultura francesa,³⁹ se organizó el Comité de Estudios y Documentación sobre la Guerra, organismo oficial que bajo la dirección del historiador Ernest Lavisse⁴⁰ produjo una enorme cantidad de documentos que apuntaba a demostrar la “culpabilidad” alemana en el inicio de las hostilidades, poniendo el acento en la naturaleza expansionista e imperialista del pensamiento alemán, a partir de detectar ciertos núcleos de irradiación de estas ideas (pangermanismo, militarismo, etc.).⁴¹ La *Krieg der Geister* encontró rápidamente su simétrica *guerre des esprits*.

Fue en esta tarea del “frente doméstico” del conflicto donde se hizo notar la participación de los sociólogos franceses que por su edad no fueron movilizados al frente, en particular la de Émile Durkheim. Además de otras muchas funciones en la defensa nacional, que terminaron de desgastar su ya maltrecha salud,⁴² fue la verdadera fuerza propulsora del Comité de Lavisse,⁴³ del que habría sido el impulsor y uno de sus miembros más activos. Desde allí, además de redactar varias de las *Lettres a tous les français* con las que el Comité buscaba mantener el ánimo y la confianza de la población civil, Durkheim escribió dos trabajos,⁴⁴ en los que buscaba desnudar las raíces del belicismo agresivo del Reich en un “alma alemana” de las que derivaba, un verdadero “sistema moral y mental” que encontraría su formulación más acabada en la obra de un historiador como Treitschke, condensada en su lema

³⁸ “La lutte engagée contre l'Allemagne est la lutte même de la civilisation contre la barbarie. Tout le monde le sent. Mais notre Académie a une autorité particulière pour le dire”. Henri Bergson, discurso en la Académie des Sciences Morales et Politiques, 7 de agosto de 1914; en Émile Hinzelin, *Histoire illustrée de la Guerre du Droit*, París, 1916. Digamos por otra parte que la reacción antigermana no se limitó a los círculos de intelectuales vinculados con el gobierno o afines a sus ideas republicanas; una similar respuesta pudo verse en los espacios católicos más tradicionalistas, y, como era de esperarse, en la *Action française*; cfr. Chagnon, *op. cit.*

³⁹ Como Boutroux, André Gide, Paul Claudel, Henri Matisse y Anatole France.

⁴⁰ Además de Lavisse, en el Comité figuraban otros historiadores como Charles Seignobos y Ernest Denis, filósofos como Charles Andler, Bergson y Boutroux, matemáticos, lingüistas, juristas, etc. Su secretario fue Émile Durkheim.

⁴¹ Los nombres de algunos de estos textos eximen de comentarios: “Le pangermanisme, ses plans d'expansion allemande dans le monde”, “Comment l'Allemagne essaie de justifier ses crimes”, “La violation de la neutralité belge et luxembourgeoise par l'Allemagne”, etc.

⁴² Steven Lukes lista más de diez comités y asociaciones en las que participó Durkheim en el período 1914-1916; cfr. Lukes, *Émile Durkheim. Su vida y su obra*, *op. cit.*

⁴³ Sobre el papel de Durkheim en el Comité, cf. Éric Thiers, “Droit et culture de guerre 1914-1918. Le Comité d'études et documents sur la guerre”, *Mil neuf cent. Revue d'histoire intellectuelle*, n° 23, 2005, pp. 23-48.

⁴⁴ *Qui a voulu la guerre? Les origines de la guerre d'après les documents diplomatiques*, en colaboración con Denis y L'Allemagne au-dessus de tout. La mentalité allemande et la guerre, ambos de 1915.



"*Der Staat ist Macht*", expresión última de la subordinación de las libertades civiles al interés supremo del Estado, entendido como "potencia" y colocado por la misma razón por encima de la moral, las leyes internacionales y la sociedad civil, lo que constituiría para el sociólogo alsaciano un caso indudable de "patología social".⁴⁵ Singular efecto de la "cultura de guerra", el que un autor que no dudó nunca en reconocer su deuda con las ciencias sociales alemanas, a las que veía como verdadera fuente de iluminación, a las que acudía para fundar su reflexión sociológica,⁴⁶ y que señalara en buena parte de sus obras la admiración por la centralidad de la vida asociativa en la cotidianidad del mundo de los estudiantes alemanes, frente al "individualismo salvaje" francés,⁴⁷ ahora tuviera conceptos similares a los que venían produciendo desde hacía más de una década los adversarios declarados de la sociología "alemanizante".⁴⁸

Por otro lado, los títulos muestran un dato significativo, y es que el involucramiento de los sociólogos durkheimianos en el esfuerzo bélico se expresó o bien en su participación directa en el frente de guerra, o bien en la producción de textos de propaganda, pero no en las elaboraciones que correspondan más plenamente a su especialidad, como queda de manifiesto cuando comparamos con lo ocurrido en el caso alemán, donde autores como Simmel o Tönnies, pero también Sombart y Weber, intentaron aproximaciones al tema desde una perspectiva que buscaba mantener la especificidad de su disciplina.⁴⁹ Este problema responde, probablemente, a la dificultad para conciliar la tematización del objeto "guerra" en una sociología que desde su origen se había pensado alrededor del fortalecimiento del "lazo social" y que consideraba a la guerra como una anomalía o recidiva.⁵⁰ Esta reticencia no resulta extraña si recordamos el impacto duradero de

la doble carga de la guerra franco-prusiana y la Comuna parisina en el período de formación del grupo durkheimiano, mientras que en la escena alemana se estará mucho más dispuesto a reconocerle al conflicto un papel de mayor relevancia en el funcionamiento normal de la vida social, tanto al interior del conjunto social como entre naciones; los desarrollos de historiadores como Trietschke o Hintze y sociólogos como Gumplowicz u Oppenheimer, por nombrar sólo algunos, eran difíciles de aceptar por sus pares franceses, para quienes el único aspecto valioso que puede desprenderse de la conflagración es el reforzamiento de los vínculos entre los individuos, así como una mayor conciencia acerca de la naturaleza colectiva de la vida social.⁵¹

Esto también cambiaría con la guerra. Una vez se hubieron apagado el eco de los disparos, la sociología francesa debió reconstituirse alrededor de los sobrevivientes; el impacto traumático del conflicto, sumado a la desaparición física de gran parte de los protagonistas de la etapa anterior, se tradujeron en una discontinuidad con la etapa precedente, tanto desde el punto de vista organizativo (en cuanto a la distribución de sus miembros en los espacios educativos, investigativos, etc.) como, sobre todo, temático.⁵² En el nuevo y fragmentado escenario, carente de una figura articuladora que reemplazara a la del fallecido "padre de la sociología francesa",⁵³ existieron algunos desarrollos novedosos y en cierta forma más abiertos a las comunicaciones con figuras y espacios que en la más beligerante etapa anterior habían sido mantenidos al margen. Finalizado el conflicto, los autores alemanes volvieron a ser objeto de interés por parte de los durkheimianos,⁵⁴ pero la huella de la guerra no dejó de estar presente entre estos nuevos aportes; difícil entender el lugar de la memoria en la obra de Maurice Halbwachs sin remitirnos a la marca indeleble dejada por la guerra en la "conciencia colectiva" de los que la vivieron.⁵⁵ Del mismo modo, y ya en los años '30, el lugar que se le otorgará en un espacio tan abierto y ecléctico como el *Collège de Sociologie* a la aproximación sociológica a la temática de la muerte, lo sagrado o la propia guerra, en autores como Georges Bataille y Roger Caillois, es tan tributario de la amenaza de un nuevo estallido bélico como de la presencia del

⁴⁵ Durkheim, *L'Allemagne au-dessus de tout [Alemania por encima de todo]*, París, Armand Colin, 1915. La preocupación acerca del papel del Estado en las sociedades modernas y en relación con las libertades y derechos individuales cruza toda la reflexión sociológica durkheimiana desde *La división del trabajo social*, pero adquiere su formulación más acabada en sus cursos publicados luego como *Lecciones de sociología*; cfr. Bernard Lacroix, *Durkheim y lo político*, México, FCE, 1984.

⁴⁶ En la mencionada encuesta del *Mercure* de 1902 sobre la "influencia alemana" en Francia, Durkheim había respondido: "Personnellement, je dois beaucoup aux Allemands. C'est en partie à leur école que j'ai acquis le sens de la réalité sociale, de sa complexité et de son développement organiques... quand je débutai, il y a dix-huit ou vingt ans, dans les études que je poursuis, c'est de l'Allemagne que j'attendais la lumière"; *Le Mercure de France* 156, diciembre 1902.

⁴⁷ "Rien n'est instructif à cet égard comme de comparer la vie de l'étudiant allemand avec celle de l'étudiant français. En Allemagne, tout se fait en commun... en France, au contraire, jusqu'à des temps tout récents, le principe était l'isolement; et, si le goût de la vie commune commence à renaître, il s'en faut qu'il soit encore bien profond". *L'Éducation morale*, 1925 (curso de 1902-3) [La educación moral, Buenos Aires, Schapire, 1972].

⁴⁸ Compárese la cita de Durkheim con las palabras del católico realista Denys Cochin: "En Prusse, les individus étant considérés comme incapables de s'unir par l'âme, c'est la force de l'État qui seule les organise en société". Ces quelques mots résument la théorie de Hobbes, du Leviathan, ancêtre de la sociologie moderne, dont la Prusse est l'expression la mieux réalisée", en "Le Dieu allemand", *Pages actuelles*, París, 1917.

⁴⁹ Georg Simmel, *Der Krieg und die geistigen Entscheidungen*, 1917 (compilación de cuatro artículos y conferencias del período bélico); Ferdinand Tönnies, *Die englische und der deutsche Staat*; Emil Lederer, "Zur Soziologie des Weltkrieges", 1915; de Sombart, el ya citado *Händler und Helden* de 1915; Weber, *Economía y sociedad* y "La política como vocación". Cfr. Joas, *op. cit.*

⁵⁰ "la guerre... abstraction faite de quelques régressions passagères, est deve-

nue de plus en plus intermittente et rare...". *Leçons de sociologie*, 1950 (pero correspondiendo a cursos dictados desde 1890). La influencia más evidente en esta concepción sobre la guerra en los tiempos modernos es la de Herbert Spencer.

⁵¹ "En temps de paix, le patriotisme dort invisible au fond des consciences. Que la guerre éclate, et c'est lui qui mène tout", Durkheim "Reseña a Schaeffle, A., *Bau und Leben des sozialen Körpers*", en *Revue philosophique*, n° 19, 1885. Compárese con las reflexiones acerca del concepto de "efervescencia colectiva" en *Las formas elementales de la vida religiosa*, de 1912.

⁵² Johan Heilbron, "Les métamorphoses du durkheimisme, 1920-1940", en *Revue française de sociologie* n° 26, 1985, pp. 203-237.

⁵³ Clark señala la existencia de varios "centros", alrededor de figuras como Mauss, Davy, Bouglé, etc., cfr. Clark, *Prophets and Patrons*, *op. cit.*

⁵⁴ Particularmente Simmel, en la obra de Célestin Bouglé, y Max Weber por parte de Halbwachs; cfr. Laurent Mucchielli, "La guerre n'a pas eu lieu: les sociologues français et l'Allemagne (1870-1940)", en *Espaces Temps*, n° 53-54, 1993, pp. 5-18.

⁵⁵ "A présent, de douze à quinze ans me séparent de la grande guerre, et je suppose que pour mes enfants la société d'avant 1914, qu'ils n'ont pas connue, recule de la même manière dans un passé où leur mémoire croit ne pas atteindre", Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*, 1950 [La memoria colectiva, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2011].

anterior.⁵⁶ Pero quizás el efecto de más largo alcance de la Gran Guerra sobre la sociología durkheimiana haya que buscarlo fuera de ella; en Estrasburgo, en la capital de la Alsacia recuperada, la república victoriosa busca dejar su huella en la universidad, expresión de la antigua superioridad del sistema académico alemán. Las excepcionales condiciones de que gozarán en ella toda una nueva generación de sociólogos, economistas, lingüistas e historiadores para insertarse en el sistema de educación superior, así como las hasta entonces inéditas posibilidades para el trabajo interdisciplinario entre los exponentes de esas disciplinas, darán su fruto más duradero una década más tarde, cuando los lazos entre Halbwachs e historiadores como Marc Bloch y Lucien Febvre y François Simiand se traduzcan en la génesis de **Annales**.

⁵⁶ Michèle H. Richman, *Sacred Revolutions. Durkheim and the Collège de Sociologie*, Minneapolis-Londres, University of Minnesota Press, 2002.